6725

ADMINISTRACION
DE
OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

MARGARITA.

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

Don Eugenio de Olavarría,

MÚSICA

DE DON C. MODERATI.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

CATALOGO

DE LA

ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

DE D. FRANCISCO RUBIO.

San Pedro Mártir, número 12, segundo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

EN UN ACTO.

Al que se hace de miel...
Aventuras de un cesante.
Don Ramon.
El huérfano ó el niño mendigo.
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!
El tio Fidel.
Este cuarto no se alquila.
Fuego entre ceniza.
Fortunato Azares.
Las pesquisas de mi suegro.
Los dos preceptores.
La mujer debe seguir al marido.
Los apuros de Gaspar.
Me conviene esta mujer.
Misterios de la calle del Gato.
¡Presente, mi general!
Por un bofeton un duelo.
Receta contra los locos.
Triana la Macarena.
Un pollo que sufre mucho.
Una obra de caridad.
Vida prosáica.

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.
El talisman.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.
Al borde del abismo.
Beppo el Aventuro.
Don Tello de Guzman.
El padre de familia.
El honor y el trabajo.
¡Españoles, á Marruecos!
Gabriela de Vergy.
La mejor joya, el honor.
El lago de Glenaston.
El matrimonio de concienci
Las aves de paso.
La historia de una madre.
La princesita.
La fragata Belona.
La piedra de toque.
La teoria de la voluntad.
Loco de amor.
Los franceses en España.
La primera falta.
La flor trasplantada.
Luz en la sombra.
Marco Spada.
Mártir siempre, nunca rec
Matrimonios de concienci
Mi suegra y yo.
Pecados del siglo XIX.
Un dia en el gran mundo
Vi y venci.

ZARZUELAS (1).

EN UN ACTO.

Atala y Chactas, L. y M.
Cada loco con su tema, L. y M.
Casado y soltero, L.
El amor y el almuerzo, L.
El Grumete, M.
El hombre feliz (monólogo), M.
El Sonámbulo, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.
Guerra á muerte, M.
Impresiones de viaje, L.
Julio César (monólogo), L.
La cotorra, L.
La pupila, M.
La cruz de los Humeros, M.
La zarzuela (mitad), L.
La dama del Rey, M.
La vuelta del Corsario (segunda parte de *El Grumete*), M.
Lo que de Dios está, L. y M.
Las bodas de Juanita, L.
Los dos ciegos, L.
Pablito, L.
Por cana más ó ménos, L. y M.
Por un paraguas, L. y M.
Un estreno (monólogo), L.
Un ayo para el niño, M.

EN DOS ACTOS.

Bruschino, L.
De incógnito, L. y M.
El postillon de la Rioja, L.
El resucitado, L. y M.
Entre mi mujer y el negro, L
La cola del diablo, L.
Marina, M.
Llamada y tropa, M.
¡Quien manda, manda! M.

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio, L.
Amor y arte, L. y M.
Amar sin conocer, L.

(1) De las obras que van marcadas con las inicialos L. ó M., pertenece sólo á esta Administracion la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma po completo. — Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galeria, se consi dera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

MARGARITA.

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

Don Eugenio de Olavarría,

MÚSICA

DE DON C. MODERATI.

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTINEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

MARGARITA.

AL SEÑOR

D. EDUARDO ASQUERINO,

EN TESTIMONIO DE GRATITUD Y CARIÑO,

El Autor.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/margaritazarzuel3941mode

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA.	D.ª Teresa Istúriz.
LAURA (su camarera).	Dolores Fernandez.
EL DUQUE DE NAVIA. . . .	D. Francisco Calvet.
DON FERNANDO (su hijo). .	Rosendo Dalmau.
DON JORGE CARVAJAL. . .	Ramon Cubero.
CAÑIZARES (joyero).	Vicente Caltañazor.

Caballeros y señoras.—Actores y actrices.

La accion pasa á principios del reinado de Fernando VI.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados esclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

672433

ACTO PRIMERO.

Salon elegante donde se viste Margarita. Puerta al fondo que da al exterior; á la izquierda del espectador una puerta que se supone da al teatro; á la derecha la entrada de un gabinete de tocador. Muebles de lujo.

ESCENA PRIMERA.

ACTORES y ACTRICES con papeles de música en la mano.

ACTORES. ¡Qué honra el arte,
qué honra alcanza!
Compañeros,
sin tardanza
los papeles repasad:
que aseguran
más de cuatro
que esta noche
su teatro
viene á honrar Su Majestad.

ACTRICES. ¿Con que es cierto?

ACTORES. ¿No ha de ser?

ACTRICES. Estudiemos
el papel.

TODOS. Dignos siempre
de honra tal,
estudiemos,
¡la! ¡la! ¡la! (Mirando el papel y cantando.)
¡la! ¡la! ¡la!
¡la! ¡la! ¡la!

Ya Margarita (Mirando por la izquierda.)
cantando está
como ella sola
sabe cantar.
Vamos á escena,
que la señal
se me figura
que van á dar.

—

Tiesos, graves
caminemos,
y hoy al canto
nuestro demos
expresion, gusto y verdad;
que aseguran
más de cuatro
que esta noche
su teatro
viene á honrar Su Majestad. (Vanse todos.)

ESCENA II.

HABLADO.

LAURA, mirando por la puerta que conduce al teatro.

Oigo bravos y palmadas...
¡Qué triunfo! ¡Y luego dirán
que Dios reparte en el mundo
sus bienes con igualdad!
No está léjos mi señora,
con quien puedo atestiguar...
Protegida de la corte
y hasta de Su Majestad:
figurando en su teatro
como tiple principal,
ya se ve, llueven obsequios...
Si yo supiese cantar,
trenes y trajes lujosos
tendria, como ella, ó más,

y ensalzada me veria
por boca de algun galan.
Pero nada: ¡que si quieres!
¿Quién va? No se puede entrar.

ESCENA III.

LAURA, D. LUIS.

LAURA. ¡Ah! ¿Sois vos?
LUIS. ¿Es este el cuarto
de Margarita?
LAURA. Sí tal.
¿Cómo venís?...
LUIS. Atraido
como el acero al iman...
LAURA. Ya ha leido vuestra carta.
LUIS. ¿La ha leido?
LAURA. Hasta el final.
LUIS. ¿Y qué? ¿Podré hablarle?
LAURA. Ahora
no es fácil; luego será.
En este momento estamos
en escena.
LUIS. Sí, es verdad.
LAURA. Tranquilizaos; más tarde...
¿Sabeis una cosa?
LUIS. ¿Cuál?
LAURA. Es cierto, nada os he dicho...
Hay una gran novedad.
Vuestra música la encanta.
LUIS. (Alegre.) ¿De veras?
LAURA. La he oido hablar
con mucho encomio de un duo..
LUIS. ¿Esto es sueño ó realidad?
LAURA. Y cuando ella así se expresa
es que...
LUIS. Con efecto.
LAURA. ¿Estais?
(Delante del espejo dándose colorete.)
Habeis conseguido un triunfo
sorprendente... Tanto más

cuanto que rondan su calle
mancebos de calidad.
A propósito...

LUIS. ¿Qué es eso?

LAURA. (Sacando del bolsillo una porcion de cartas.)
Billetes de amor... El pan
de cada dia... Lo mismo
de siempre por no variar.
(Señalando otro bolsillo.)
Este contiene regalos...

LUIS. (Con mal modo.)
¿Que recibís?

LAURA. Claro está.

LUIS. Nunca creí...

LAURA. La señora
no lee esas cartas jamas.

LUIS. Bien dicen que á un gran talento
une una virtud...

LAURA. (Suspirando.) Cabal.
¡Qué quereis! Ella es así:
no piensa más que en cantar;
á escepcion de los domingos
que á una alegre quinta va,
que á orillas del Manzanares
compró para su solaz.

LUIS. (Con emocion.)
¿Y su padre? ¿Y su familia?

LAURA. ¡Su familia! ¡Tá, tá, tá!
A nadie tiene en el mundo
más que á mí, y es natural:
soy huérfana como ella,
y soy artista ademas...
en costura. Yo hice á crédito
su primer vestido.

LUIS ¡Ya!

LAURA. Y por gratitud... Y luego
como los hombres son tan...
por librar de seducciones
mi inocencia y mi beldad,
me nombró su camarera,
(Con volubilidad.)
y estoy comiendo su pan.

Porque sabed, caballero,
que no hay en la sociedad
defensa para la artista
que vive... de su dedal.

LUIS. (Distraido.)
Verdad es. Seguid.

LAURA. Es mucha,
muchísima su bondad:
y pretende establecerme...
y casarme con Tomas...
Un buen muchacho; mas dudo
que me conduzca al altar.

LUIS. ¿Y por qué?

LAURA. Porque es muy tosco,
y tendero... y... la verdad:
pico más alto... más alto...

LUIS. Explicaos.

LAURA. Voy allá:
Desde que de mi señora
oigo el genio celebrar,
siento bullir en mi mente
una idea original:
la de salir al teatro.

LUIS. ¡Cómo! ¿Seriais capaz?

LAURA. ¿Por qué no? Tengo aficion
al arte... y voz ademas...
y tengo... que soy muy guapa
que es la cuestion principal.
Ya escribireis un papel
para mí cuando me oigais.
Y si quereis puedo ahora...
(Da dos ó tres notas.)

LUIS. (Que se habrá acercado al bastidor.)
Margarita va á cantar,
y me impediria oiros...

LAURA. (Escuchando.)
En breve terminará.
Ya empieza el final del acto.

LUIS. ¿Y es largo?

LAURA. Piramidal.
Como que su autor es toda
una notabilidad.

LUIS. (Desanimado.)
Entonces... Si en tanto viene
alguno...
LAURA. Nada temais;
yo estaré de centinela...
Sólo un hombre puede entrar:
el joyero. Y un amigo
tambien...
LUIS. ¡Su amante quizá!
LAURA. ¿No conoceis, caballero,
á don Jorge Carvajal?
LUIS. (¡Cielos, Jorge!)
LAURA. Se ha comido
dos herencias poco ha;
no se come la tercera...
por... porque no se la dan.
LUIS. ¿Y es él quien vendrá?...
LAURA. Seguro.
LUIS. Adios, Laura.
LAURA. ¿Qué? ¿Ya os vais?
Venid, hablareis de música
con él... es moro de paz.
LUIS. No quiero verle.
LAURA. ¿Qué causa?...
LUIS. Le debo una cantidad...
LAURA. El da, pero nunca pide.
LUIS. No importa: quiero evitar
que asome, al verle, el rubor
de la vergüenza á mi faz.
LAURA. Por tan poco... Justamente
oigo su voz...
LUIS. (Con ansiedad.) Por piedad,
que no me vea... Esta puerta...
(La de la izquierda.)
LAURA. Corriente. (Hablando en uno de los bastidores.)
Dejad pasar
á este caballero.
LUIS. ¡Oh! Gracias,
gracias por vuestra bondad. (Vase.)

ESCENA IV.

LAURA, D. JORGE.

JORGE. Bien dije que llegaria
á tiempo.
LAURA. ¿Vos por acá?
JORGE. Sí, Laura; hemos apurado
diez botellas de Champañ,
y hasta verlas agotadas
no me han querido soltar.
LAURA. Os veo alegre...
JORGE. No estuve
más taciturno jamas.
Vengo á ver á Margarita
por eso, por olvidar...
LAURA. ¿El qué?
JORGE. Nada. Me parece
que termina el acto.
LAURA. (Escuchando.) Están
en la pieza concertante.
JORGE. La que á mí me gusta más.
LAURA. ¿Por qué?
JORGE. Porque es el momento
en que dejan de cantar.

ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA.

JORGE. ¡Es ella! Gracias á Dios.
MARG. (Alargando la mano á Jorge.)
¿Aquí ya?
JORGE. Sí, Margarita.
MARG. Siempre puntual á la cita
de las damas...
JORGE. Como vos.
MARG. ¿Hace mucho que esperais?
Lo siento.
JORGE. No, casi nada.

LAURA. Por más señas, que su entrada
causa es de que no veais...
MARG. (Con emocion.)
¡Cómo! ¿Ha estado Luis aquí?
JORGE. Volverá...
LAURA. No será en breve,
pues como dice que os debe
cierta cantidad...
JORGE. (Admirado.) ¿A mí? (Recordando.)
No recuerdo...
MARG. Luis de Palma...
JORGE. Un compositor quizá...
LAURA. Justo: con mucho de acá; (Señalando la frente.)
mas de aquí... (Haciendo como quien cuenta dinero.)
no pasa un alma.
JORGE. Suerte hará...
LAURA. No hará ninguna,
y es inútil que trabaje...
Nunca hicieron maridaje
el talento y la fortuna.
MARG. Saber mi opinion desea
sobre una obra que ha compuesto.
JORGE. Será mala.
LAURA. (Picada.) Por supuesto;
ó buena. ¡Vaya una idea!
MARG. Si brilla el genio en su frente,
debo alentarle en rigor...
JORGE. ¿Por amor al arte?
MARG. (Ruborizándose.) Por...
por gratitud solamente.
JORGE. Ya os escucho: con las glorias
nunca me habeis referido...
MARG. ¿Nunca? Pues prestad oido
á una... de tantas historias.
Ocho años ha, contaria
yo entonces apenas diez,
pobre y huérfana á la vez
de la caridad vivia.
Un dia... ¡dia tremendo!
nadie alivió mi quebranto.
¡Nadie! La noche entre tanto
iba sus sombras tendiendo.

CANTO.

Era la noche oscura...
silbaba el viento,
y en lontananza cóncavo
rugia el trueno.
Y al eco de los pasos
que debilmente
llegaba á mis oidos,
clamé doliente:
«De la pobre huérfana
tened compasion;
dadme una limosna
por amor de Dios».

—

En tanto que mi labio
piedad invoca,
airada la tormenta
mi rostro azota.
De hambre á la vez y frio
desvanecida,
siento de pronto un velo
turbar mi vista.
Y al caer exánime,
murmuró mi voz:
«Dadme una limosna
por amor de Dios.»

HABLADO.

JORGE. ¿Y qué?

MARG. Cansóse sin duda
de perseguirme el destino:
desde aquella noche vino
la Providencia en mi ayuda.
En lecho mullido y blando
al volver en mí me hallé,
y junto al lecho, de pié,
sus ojos en mí clavando
con inquietud y desvelo,

un hombre que, conmovido,
me murmuraba al oido
frases de paz y consuelo.

JORGE. ¿Y ese hombre?

MARG. Fué el mismo que
me recogió moribunda,
y á quien gratitud profunda
desde aquel punto juré.
Asilo al rayar la aurora
en un convento me ofrece;
y aún oirle me parece
decir á la superiora:
« A esta niña desdichada
buscad de educarla modo,
procurando, sobre todo,
hacerla mujer honrada.
Tal vez por siempre me alejo,
— prosiguió; — por si hay razon,
ocho años de pension
anticipados os dejo».
Virey del Perú nombrado,
al vireinato partió.

JORGE. ¿Y luego?

MARG. El plazo espiró
de los ocho años marcado,
y con el alma afligida,
mas con corazon resuelto,
arrojéme en el revuelto
torbellino de la vida.
Sola otra vez en el mundo
me hallé: ¡mas luché y vencí!...
Y afan de gloria sentí,
vivo, creador, fecundo.
De fe y entusiasmo henchida,
canté al fin... y algo me abona
que ciña mi sien corona
sólo al genio concedida. (Ligera pausa.)
Sólo una pena, un dolor,
acibara mi existencia.

JORGE. ¿Es posible?

MARG. Sí, la ausencia
de mi noble protector.

Mas si de volverle á ver
la dicha el cielo me quita,
lo que hizo por Margarita
quiero por otros hacer.

LAURA. ¿Por eso de afecto llena
me recogisteis?

MARG. Sí tal.

JORGE. (Alargando la mano á Margarita.)
Sois, á fe de Carvajal,
Margarita, honrada y buena.

LAURA. ¡Una santa! Y sin embargo,
desde que quiere casarme...

MARG. (Interrumpiéndola y sonriendo.)
Ven á acabar de arreglarme
el pelo...—¿Hicísteis mi encargo? (A D. Jorge.)

JORGE. Y á mostrarle me apresuro.

MARG. Mostrad, sí.

JORGE. De buena gana.
(Sacando unos dibujos.)
Ved el traje de sultana.

MARG. Es precioso.

JORGE. Arabe puro.
(Se sienta Margarita, y en tanto Laura, de pié, la peina. Jorge, sentado á su lado, la enseña varios dibujos.)
¿Qué tal, os gusta?

MARG. Y bastante.

JORGE. Con él, más de un corazon
va á rendirse á discrecion.

MARG. Franco os quiero, no galante.

JORGE. Vuestro corazon ¿jamas
por otro se ha interesado?
Decid: ¿nunca habeis amado?

MARG. Mucho... al arte.

JORGE. ¿Nada más?

MARG. Acaso en tiempos mejores...

JORGE. ¿Os turbais?

MARG. ¡Qué desvarío!
Hablemos, amigo mio,
de vos... de vuestros amores.

JORGE. Amo á Elvira con afan,
como siempre.

MARG. Y ella os ama.

JORGE. Mas no aprueban nuestra llama
los marqueses de Cebrian.
Creen descender...
MARG. Si quereis
realizar sueños tan bellos,
elevaos hasta ellos.
JORGE. Tarde me lo proponeis;
su enlace está concertado.
MARG. Elvira rechazará...
JORGE. Elvira obedecerá
á su padre: el Rey ha dado
su aprobacion, y muy pronto...
MARG. Vuestro rival es de fijo...
JORGE. Fernando Sandoval, hijo
del Duque de Navia.
MARG. ¿Un tonto?
JORGE. Bravo sin ser pendenciero,
de ingenio que asombro excita,
no hay en Madrid, Margarita,
más cumplido caballero.
Ha expuesto ademas su vida
varias veces por salvarme.
¿Puedo en ley, sin deshonrarme,
robarle su prometida?
MARG. Si es así, no os lo aconsejo.
JORGE. Haré, pues, por olvidar...
(Óyese dentro la campanilla y la voz del)
AVISADOR. El acto va á comenzar.
MARG. ¡Laura!
LAURA. (Acabando de peinarla.)
Ya estais.
JORGE. Aquí os dejo
los dibujos.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, CAÑIZARES dentro.

VOZ. (Dentro.) ¡No entrareis!
CAÑIZ. ¡Que no, y hasta el Soberano
me recibe á todas horas...
cuando está desocupado!

MARG. Es la voz de mi joyero.
(A Laura.)
Que entre. (A D. Jorge.) Un pobre mentecato...
Traerá muestras de diamantes...
JORGE. ¡Hola!
MARG. Por supuesto... falsos.
Para el papel de sultana...
Los escogeremos ámbos.
CAÑIZ. Que en la cámara vecina
me esperen mis dos criados.
MARG. (Sonriendo.)
¿Qué os dije?
CAÑIZ. Que no se mueva
mi dependiente de abajo...
LAURA. Entrad, caballero.
CAÑIZ. (Se vuelve con viveza, saluda á Laura sin mirarla, y despues, viendo su equivocacion, se vuelve hácia Margarita, diciendo:)
¡Ah, torpe!
MARG. ¡Vos propio os habeis dignado
venir!
CAÑIZ. La verdad... El... La...
Y luego... Como... (¿Empezamos?)
MARG. Mi querido Cañizares,
soy con vos dentro de un rato.
(Vase por la derecha con Laura.)

ESCENA VII.

CAÑIZARES, D. JORGE.

CAÑIZ. ¡Qué triunfo el mio, qué triunfo!
Al fin la he visto y hablado...
¡Cómo rabiarán mis émulos! (Viendo á D. Jorge.)
Mas calla, si no me engaño,
sí, vos sois...
JORGE. Uno de vuestros
más asiduos parroquianos.
CAÑIZ. (Con adulacion.)
Mi cliente más distinguido...
JORGE. Que os debe tres mil ducados,

y cuya nota hace tiempo
os reclamé... y aun aguardo.

CAÑIZ. ¿Qué opinais de mí? Yo pido
mi dinero á los villanos,
pero nunca á las personas
de calidad... Este rasgo
me rehabilita á mis ojos.

JORGE. ¿Cómo?

CAÑIZ. Tengo humos de hidalgo
y mi profesion me humilla;
con franqueza os lo declaro.
La culpa tuvo mi padre...

JORGE. Que os dejó rico.

CAÑIZ. Es exacto.
Sin embargo, ¡si él me hubiera
á otra cosa dedicado!
Por ejemplo, á la marina.
Contaba apénas seis años,
y asombraos, ya nadaba.

JORGE. ¿Y nadais?

CAÑIZ. ¡Vaya si nado!
Yo he debido nacer para
el agua.

JORGE. (Como los gansos.)

CAÑIZ. Mas esto no fué posible,
y con pretensiones ando
de un título de baron.
¡Se dan en España tantos!

JORGE. Pero ¿qué objeto es el vuestro?

CAÑIZ. Bullir... necesito espacio...
Me asfixio en mis almacenes...
¡Echo de ménos el Prado!

JORGE. (Lo creo.)

CAÑIZ. Allí se respira...
Se vive... y solaza el ánimo...
Necesito que se hable
de mí...

JORGE. Sin causa, no alcanzo...

CAÑIZ. (Confidencialmente.)
¿Qué os parece Margarita?

JORGE. ¿Qué decís? ¿Creeis acaso?...

CAÑIZ. Que no podrá resistirme...

El medio que he imaginado
para triunfar, que ¡ni á un príncipe
le ocurre... (Mostrando una caja.)
Ved lo que traigo.

JORGE. Sí, diamantes...

CAÑIZ. Verdaderos
en vez de diamantes falsos.
Un caudal, amigo mio,
un caudal.

JORGE. Estoy pasmado.
¿Qué pensais hacer?

CAÑIZ. Si puedo
lograr que caiga en el lazo,
nada; si exige la cuenta
cuando se divulgue el cambio,
decirla: «Angel mio»... (ú otra
frase equivalente al caso):
«Angel mio, está pagada».
¿Eh, qué tal?

JORGE. Digno es de aplauso
lo que intentais... Solamente
que puede saliros caro...

CAÑIZ. Nunca mucho costó poco.

JORGE. ¡Ah! ¿Creeis?

CAÑIZ. Es hembra al cabo,
y para las hembras tienen
estos dijes tal encanto...

CANTO.

Con perlas y rubíes
cualquier pelafustan
cautiva más mujeres
que arenas lleva el mar.
No soy ningun Adónis,
ni ménos un Merlin,
mas tengo los mejores
diamantes del Brasil.
Amor, fama, delirio...

Palabras son
que suenan, mas no inflaman
el corazon.
Para alcanzar de amores
palma inmortal,
no hay sonido más mágico
que el del metal.

JORGE. Mil veces saludo
al conquistador...

CAÑIZ. (Con fatuidad.)
El oro es mi escudo
en lides de amor.

JORGE. Mujer de valía
quereis obtener...

CAÑIZ. De ser dejaria
mujer... y es mujer.
No dudo que pronto
podré...

JORGE. ¿Qué es dudar?
(Jamas duda un tonto.)

CAÑIZ. ¿Quereis apostar?

JORGE. Segun mi cuenta os debo...

CAÑIZ. Debeis tres mil ducados.
¿Quereis, gentil mancebo,
que vayan apostados?

JORGE. Colmemos su deseo,
que el bien es para mí:
mi deuda satisfago
sin un maravedí.

JUNTOS. Todavía pretende ganarme,
pero pronto saldrá de su error:
si consigo que pierda la apuesta
para mí no habrá gozo mayor.
No lo habrá, no lo habrá, no lo habrá,
si al fin sus ducados se vienen acá.

ESCENA VII.

HABLADO.

LOS MISMOS, MARGARITA, LAURA.

LAURA. Ha sido lo que se llama
un delirio, un arrebato...
MARG. Héme dispuesta, señores,
á oiros.
JORGE. Precioso ramo
de violetas.
(Mirando el ramo que Margarita trae en la mano.)
MARG. Ramo es este
que pudiera interesaros.
JORGE ¿A mí? Explicaos.
MARG. Más tarde
os lo contaré despacio.
Ahora mi atencion reclama
quien se ha tomado el trabajo
de presentarse en persona...
CAÑIZ. Es un placer, al contrario... (Balbuceando.)
y es un honor el placer...
y como el placer es grato...
(Cambiando de tono.)
En fin, aquí están las muestras.
MARG. (Mirando los diamantes.)
Venid, Carbajal.
JORGE. Veamos...
MARG. ¡Maravilloso! ¿No es cierto?
Nadie dirá que son falsos.
CAÑIZ. (Bajo á Jorge.)
Ya lo creo.
MARG. Habeis el arte
á la perfeccion llevado.
LAURA. (Acercándose.)
Mirad este qué chiquito...
¡Y cómo brilla! Es un pasmo...
MARG. ¿Te gusta?
LAURA. Mucho.
MARG. (Entregándosele.) Pues quédate
con él.

CAÑIZ. (Retrocediendo.) ¿Eh?
MARG. Te lo regalo.
CAÑIZ. ¡Oh! Permitid...
MARG. ¿Tanto vale?
CAÑIZ. (Confuso.)
Casi nada.
(Bajo á D. Jorge.) Cien ducados.
JORGE. ¡Já! ¡já!
MARG. ¿Os reis?
JORGE. Sí, de Laura
que lo ménos que ha pensado
es que son diamantes finos.
CAÑIZ. (Con viveza.)
¿Qué han de ser? Trae...
LAURA. Pues le guardo.
CAÑIZ. (Queriendo quitarla el diamante.)
Si tú no entiendes...
LAURA. No importa.
MARG. Cañizares, os declaro
que de estas muestras deseo
guarnecer, pero en el acto,
la diadema.
CAÑIZ. (Desconcertado.) ¿La diadema?
MARG. Y el cinturon.
CAÑIZ. (¡San Pancracio!)
JORGE. No podeis retroceder... (A Cañizares.)
¿Qué se diria?
MARG. Quedamos
en que...
CAÑIZ. ¡Pues! (En lo seguro,
en que á mí me va á dar algo.)
MARG. Y aun podemos escoger
otros diamantes de paso
mayores...
CAÑIZ. (En el colmo del asombro.)
(¿No hay quien me asista?)
MARG. Así como así son falsos.
JORGE. Tiene razon Margarita.
¿Eso qué puede costaros?
CAÑIZ. (Bajo á D. Jorge.)
¿Me desafiais? Corriente.
MARG. ¿Qué es eso?

JORGE. Me está explicando
de esa gran composicion
el secreto extraordinario,
aunque para mí, no siempre
le da buenos resultados.
CAÑIZ. Lo veremos. (Saludando.) Margarita...
MARG. Adios. (A Laura.) Alumbra.
CAÑIZ. ¡Yo estallo!

(Vase Cañizares por el fondo precedido de Laura que le alumbra.)

ESCENA VIII.

MARGARITA, D. JORGE.

JORGE. Hace poco me habeis dicho
que me interesa ese ramo...
Hablad, que estoy, Margarita,
pendiente de vuestros labios.
MARG. He visto á Elvira.
JORGE. (Con esplosion.) ¿Vos? ¿Dónde?
MARG. ¿No estamos en el teatro
del Buen Retiro?
JORGE. Es verdad.
MARG. Triste estaba.
JORGE. No es extraño.
Ese enlace...
MARG. ¿No quereis
que os diga lo que ha pasado?
JORGE. ¡Oh, sí!
MARG. Pues bien: cuando llevan
á presencia del corsario
al héroe del drama, Jorge,
como vos, encadenado,
y temblando por su suerte,
presa de un vértigo, exclamo:
«Jorge, tu amor es mi vida...
no te alejes de mi lado...
¡Ven!... ¡Ven!» ¡Oh! Viérais entónces
sus ojos nublarse en llanto,
y palidecer... y luégo,
tregua al sentimiento dando,

con mano ligera y trémula
lanzarme á los piés su ramo!

JORGE. ¿Y despues?

MARG. Entusiasmada
rompió la gente en aplausos;
el rostro de Elvira al punto
recobró el perdido encanto...
Sonrióse... Y fué su sonrisa
iris que asomó anunciando
tras la tempestad, la calma
de su espíritu agitado.

JORGE. (Cogiendo el ramo y cubriéndolo de besos.)
¡Sois un ángel!—Voy á verla.

MARG. ¿Volvereis?

JORGE. Dentro de un rato.

MARG. Tenemos que hablar del traje.

JORGE. Sí, sí. (Vase corriendo por la izquierda.)

ESCENA IX.

MARGARITA, LAURA por el fondo.

MARG. ¡Le ama y es amado!...
¡Felices ellos, felices!

LAURA. Ahí fuera espera un criado
con más bordados, señora,
en el cuello y en los brazos...
y más peluca...

MARG. ¿Qué quiere?

LAURA. Que deis audiencia á su amo.

MARG. ¿Y su amo quién es?

LAURA. El Duque
de Navia.

MARG. ¡Dios soberano!
(A Laura y vase ésta.)
Que pase.—¿No es este el mismo
de quien Carvajal me ha hablado?

ESCENA X.

DICHOS, EL DUQUE DE NAVIA.

EL DUQUE entra y saluda respetuosamente á MARGARITA, que le hace una profunda reverencia. Despues alza la vista y arroja un grito.

CANTO.

MARG. ¡Ah, señor! ¿Sois vos?
DUQUE. ¿Qué es esto?
MARG. Cierta noche... ¿os acordais?
DUQUE. Esplicaos.
MARG. Una niña
sin abrigo y sin hogar,
moribunda, una limosna
demandaba con afan.
DUQUE. (Reconociéndola.)
Esa voz... esas facciones...
¿Erais vos? ¿Eras tú? (Con ternura.)
MARG. (Arrojándose en brazos del Duque.)
¡Ah!
Dia de júbilo
es este á fe.
Al fin consigo
volverle á ver.
DUQUE. Gracias, Dios justo,
por tanto bien,
pues me permites
volverla á ver.
MARG. Señor Duque...
DUQUE. ¡Qué cambiada!
MARG. No lo está mi corazon.
Siempre vive aquí grabada
indeleble vuestra accion.
DUQUE. No te oculto mi alegría:
nunca pude imaginar

que lograra fama un dia
tu talento conquistar.

MARG. ¡Ah, señor! Si algo poseo
os lo debo sólo á vos,
y probároslo deseo.

DUQUE. ¡Margarita!

MARG. Sí por Dios.

DUQUE. Justamente en este instante
he venido á que un favor
me otorgara la cantante.

MARG. ¿Uno solo? Hablad señor
Gala de los salones,
duque y señor,
ya tristes, ya festivos
mis cantos son.
La dama que padece
males de amor,
seguro lenitivo
halla en mi voz.
No tengo de los ángeles
el canto celestial;
mas sabe afecto síncero
mis cantos inspirar.
El noble que á la guerra
parte veloz,
en los ecos se inspira
de mi cancion.
Ya en bélicos acentos,
ya en triste son,
la gloria y los amores
canta mi voz.

HABLADO.

MARG. Hablad, señor, os lo ruego.
¿Qué exigís de mí?

DUQUE. Un favor
del que depende mi honor,
y con mi honor mi sosiego.
Oyeme y juzga: nombrado

virey del Perú, hija mia,
tranquilo y en paz vivia
allí; por el Rey llamado,
una semana hará presto
que en la corte puse el pié.

MARG. ¡Oh, dicha!

DUQUE. ¿Y sabes por qué?
Honrarme el Rey ha dispuesto
premiando mi lealtad;
el Rey, que al enlace aspira
de mi hijo...

MARG. (Interrumpiéndole.) Con doña Elvira
de Cebrian.

DUQUE. (Arrugando el entrecejo.)
¡Era verdad!
¡Lo sabíais!

MARG. Sé que iguales
en nobleza y en fortuna
el Rey pretende hacer una
de dos familias rivales.

DUQUE. (Con desconfianza.)
¿No os dieron nuevas de paso
de mi inquietud, de mi apuro...

MARG. Nada sé más, os lo juro.

DUQUE. ¿Nada más?

MARG. ¿Vuestro hijo acaso?...

DUQUE. Faro siempre, faro y norte
de mi amor, mi suerte avara
le permitió que fijara
su residencia en la corte.
Y hoy á una oculta pasion
(Con furor reconcentrado.)
cediendo, quiere que aplace
este concertado enlace
¡pese al Rey!

MARG. ¿Por qué razon?

DUQUE. (Levantándose.)
¡Y lo preguntais por Dios!
¡Sabed que ese desdichado
está loco... enamorado
de una cantante... de vos!
(Margarita hace un movimiento de extrañeza.)

Como todos, admirando
comenzó vuestro talento:
fué luégo otro sentimiento
al primero reemplazando;
en llama amorosa y pura
trocóse al fin, y hoy, señora,
como un insensato adora
vuestro ingenio y hermosura.

MARG. Sois de una ilusion juguete.
Jamás le he visto ni hablado.

DUQUE. Os ha escrito.

MARG. Nunca he dado
respuesta á ningun billete.
Y es capricho singular...

DUQUE. Que el sueño á mis ojos quita;
porque os ama, Margarita,
como él sólo sabe amar.
Os digo que loco está.

MARG. Ningun temor os asalte:
pábulo al incendio falte,
y el incendio cesará.

DUQUE. (Con alegría.)
Luego es inútil que insista...

MARG. Sí... porque amo yo tambien...

DUQUE. ¿Tambien vos?

MARG. ¿No ha de amar quien
nació, señor Duque, artista?

DUQUE. ¡Oh, gozo!

MARG. Y sabed, señor,
que en el paseo, en el templo,
en todas partes contemplo
al objeto de mi amor.
Y sueño que hasta la queja
que oigo en la noche callada,
es su voz enamorada
que canta al pié de mi reja.

DUQUE. ¿Sabe tu amor?

MARG. Eso no.

DUQUE. Y no temes que desista...

MARG. Jamas.

DUQUE. ¿Quién es?

MARG. Un artista,

señor Duque, como yo.
Pero harto ya, como veis,
nos ocuparon extraños...
¡Son tantos, señor, los años
de ausencia que me debeis!

DUQUE. (Colmado de gozo.)
¡Y me inspirabas desvio!...
¡Bendita seas, bendita!...
Tú defiendes, Margarita,
la causa del hijo mio.
Ya no temo ser cruel;
cuanto más oigo tu acento,
con ménos fuerzas me siento
para irritarme con él.

MARG. Es necesario con todo...

ESCENA XI.

DICHOS, LAURA.

LAURA. ¡Vamos, que vais á salir!

MARG. ¡Tan pronto!

DUQUE. Adios, hija mia,
os he visto, y soy feliz.

MARG. Diez y nueve primaveras
mañana voy á cumplir,
y pienso pasar el dia
en mi quinta... Señor, id
á honrar con vuestra presencia
las flores de mi jardin.

DUQUE. Iré.

LAURA. Hace rato que espera
ahí fuera el señor Luis...

MARG. (¡Y no verle!)

LAURA. ¿Qué le digo?

MARG. No le puedo recibir
en este momento. Dile
que despues. (Laura hace como que se va.)
No... ven aquí;
que yo le invito á mi fiesta

y que si quiere asistir,
estudiaremos su ópera
juntos.

DUQUE. (Bajo á Margarita.)
¿No es ese Luis?...

MARG. El mismo de quien ha poco
os hablé.

LAURA. (Interrumpiendo.) Os esperan y...

MARG. ¡Qué fastidio!

DUQUE. No va á serlo
para mí, que os voy á oir.

MARG. Júroos cantar como nunca
si es cierto lo que decís,
y vos me direis mañana
si estais contento de mí.
(Viendo que el Duque le ofrece su brazo.)
¡Cómo, señor!

DUQUE. En mi brazo
apoyaos.

MARG. Advertid... (Vanse por la izquierda.)

ESCENA XII.

LAURA, despues D. LUIS.

LAURA. ¡Ella un Duque! ¡Yo un tendero!
¡Ahí es un grano de anís!
Si puedo aspirar cantando,
verbi gracia, á un Duque así,
voy á decirle que nones
á ese tendero incivil.
¿Cómo han de unirse las artes
y la vara de medir?
Pero me olvido del músico...
(Yendo al fondo.)
Sois dichoso, señor Luis.
La señora va á su quinta
mañana; si quereis ir,
podreis durante la fiesta
juntos estudiar allí
vuestra ópera.

LUIS. ¿Será cierto?

¡Podré á solas verla al fin!

(Acercándose á la puerta de la izquierda que es la que ha quedado abierta.)

¿Qué escucho? Su voz es esa...

LAURA. Voy, no vaya á concluir...
Perdonad que os deje solo.

LUIS. No os ocupeis, Laura, en mí...

(Laura va y viene poniendo todo en órden, y llevando al gabinete de tocador algunos vestidos.)

CANTO.

LUIS. (Mirando hácia el teatro.)

Esa celeste
vaga armonía
resuena dentro
del alma mia.
Y hoy, á su acento
encantador,
circula por mis venas
fuego de amor.

(Se acerca á la puerta izquierda y escucha con entusiasmo.)

No sé qué siento
que así me agita:
mi pecho al verla
tierno palpita.
Y es que á su acento
encantador,
circula por mis venas
fuego de amor.

ESCENA XIII.

D. LUIS, escuchando á la izquierda: LAURA, junto al divan á la derecha: JORGE, apareciendo en el fondo.

JORGE. ¡Elvira!... ¡Hermosa mia!

LAURA. Don Jorge...

JORGE. Ven acá.
¿Quién es?

(Reparando en D. Luis que está vuelto de espaldas.)

LAURA. Un jóven músico...
JORGE. ¿Tu amante?
LAURA. ¡Ay, ojalá!
JORGE. Pues deja; yo me encargo...
(Se acerca á D. Luis, que continúa distraido, mirando por la puerta de la izquierda. Reconociéndole.)
¡Qué miro! ¡Sandoval!
LUIS. ¡Silencio! (Ap.)
LAURA. (A D. Jorge.) ¿Conocéisle?
JORGE. Un poco.
LUIS. (Bajo.) ¡Por piedad!
JORGE. No temas, tu secreto
conmigo morirá.
LUIS. Que ignore Margarita
mi nombre y calidad.
JORGE. (Con alegría.)
¡Qué! ¿La amas?
LUIS. Como un loco;
cual nadie nadie amó jamas.
JORGE. ¡Oh, dicha!
(Laura, que durante este tiempo ha entrado en el gabinete de la izquierda, sale con un peinador adornado de encajes. Se acerca á Jorge y le dice en voz baja.)
LAURA. ¿Podrá amarme?...
JORGE. En buen camino está.
LAURA. (Escuchando á la izquierda.)
Ya acaba el espectáculo...
(Ruido dentro.)
LUIS. ¿Qué ruido es ese?
LAURA. (Mirando por la misma puerta.)
Que en bravos y en aplausos
rompe la gente.
LUIS. ¡Cielos! ¡Es ella!
¿Por dónde huiré?
LAURA. ¿por dónde?
Por esta puerta.
(Le lleva hácia la puerta de la derecha, por la que desaparece D. Luis en el momento que entra la multitud por todos lados.)

ESCENA XIV.

DICHOS, CABALLEROS, ACTORES y ACTRICES, CORO de hombres y mujeres con los trajes de que se han servido para la representacion de la obra que acaba de terminar. Muchos de ellos vienen cargados de ramos de flores que dejan en el tocador y en los muebles. Todos, desde el momento que salen, rodean á Margarita, que conmovida y fatigada se deja caer en una silla. Laura la cubre los hombros con un velo.

CORO. Goce del triunfo
que conquistó
la que á los ángeles
roba la voz.
Tú, Margarita,
del arte honor,
¡canta á la gloria,
canta al amor!

MARG. ¡Al amor! ¡A la gloria!...

LAURA. (Acercándose á Margarita.)
Don Luis...

MARG. ¡Acaba!

LAURA. Será de vuestra quinta
huésped mañana.

MARG. ¡Cielos!

UNOS Á OTROS. Es fuerza
ir mañana con flores
á sorprenderla.

MARG. Si es esto un sueño,
deja, gran Dios,
deja que viva
con mi ilusion.
Que á su recuerdo,
de inmenso amor
siento inundarse
mi corazon.

CORO. Goce del triunfo
que conquistó,
la que á los ángeles
roba la voz.

Tú, Magarita,
del arte honor,
canta á la gloria,
canta al amor.

(Margarita está sentada delante del tocador. Laura comienza á destrenzar su cabello. Todos se disponen á marchar por el fondo ó por la puerta derecha. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Casa de campo de Margarita á orillas del Manzanares. Salon que da á los jardines. Dos puertas laterales. A la derecha una mesa en la que hay una carta y un estuche. Por todas partes vasos con flores. Un piano á la izquierda con papeles de música encima. A la izquierda una ventana que da al jardin. Jardin al fondo.

ESCENA PRIMERA.

CANTO.

CORO de CABALLEROS y SEÑORAS paseándose por el jardin.

CORO. Jamas en los jardines
que Armida improvisó
más suave y perfumado
ambiente se aspiró.
Un limonero
contemplo allá:
aquí encendido
se alza un rosal:
esmalta el suelo
verde arrayan,
y absorta el alma
mira acullá
frondosas enramadas
en donde el ruiseñor
exhala en dulces trinos
sus cánticos de amor.

ESCENA II.

JORGE.

HABLADO.

No exageran: á juzgar
por cuanto en torno se ve,
más que un jardin, Margarita
tiene en su quinta un eden.
Muy desairado en mi mano
está este pobre clavel...
Le pondré aquí...

(Señalando el que trae en la mano y colocándolo encima de la mesa de la izquierda.)

Gente viene...
Es Cañizares. (Viéndole entrar.)

ESCENA III.

D. JORGE, CAÑIZARES.

JORGE. ¡Pardiez!
¡Ya en campaña! Por lo visto
alguna cita teneis.
CAÑIZ. Os engañais: mi visita
no galante, oficial es.
JORGE. ¿Oficial? ¿Pues qué ha pasado?
CAÑIZ. No es un secreto. Sabed
que mañana honrar la casa
consistorial quiere el Rey,
y prévio un maduro exámen
hemos decidido...
JORGE. ¿Qué?
CAÑIZ. Suplicar á Margarita,
aunque costumbre no es,
que cante en el consistorio.
JORGE. ¿Y alcanzásteis la merced?
CAÑIZ. Buen trabajo me costó
convencerla.
JORGE. Puede ser.

CAÑIZ. Mas la magia de mi estilo...
Y mi... Y luégo... ¿Estamos?
JORGE. ¡Pues!
CAÑIZ. El discurso la produjo
efecto.
JORGE. ¿Cómo sabeis?...
CAÑIZ. La he visto soltar el trapo
á reir más de una vez.
JORGE. (Con seriedad.)
Entónces es evidente.
CAÑIZ. Soy del mismo parecer.
Tanto es así, que á su fiesta
me invitó fina y cortés,
y otra idea me ha asaltado
como aquella que sabeis.
JORGE. Vuestro talento es lo mismo
que vuestra bolsa...
CAÑIZ. ¡Jé, jé!
JORGE. Inagotable.
CAÑIZ. (Asomándose al balcon que da al jardin.)
Escuchadme...
(Señalando con el dedo.)
¿Veis allá el naranjo aquel?
JORGE. Con efecto...
CAÑIZ. Aquel naranjo
soy yo...
JORGE. ¿Vos?
CAÑIZ. Quien hace un mes
le trajo.
JORGE. ¡Ya!
CAÑIZ. Y tengo en mientes
á su sombra disponer,
pero en secreto, unos fuegos
artificiales.
JORGE. ¿Sí, eh?
La idea es deslumbradora.
CAÑIZ. Y hará ruido.
JORGE. ¡No ha de hacer!
Con fuegos artificiales
y los diamantes despues,
que cree falsos...
CAÑIZ. (Sacando un estuche.) A propósito.

Aquí están... (Va á colocarlos en el velador.)

JORGE. ¿Sí?... Pero á bien
que la plaza es fuerte y nada
por hoy hace suponer...

CAÑIZ. (Sacando un magnífico aderezo.)
¡No hay plaza que no se rinda
á estos proyectiles, ved!

JORGE. ¡Diablo, son diamantes finos!

CAÑIZ. ¡Diez mil ducados! (Suspirando.)

JORGE. Con tres
que vais á deberme, suman...

CAÑIZ. ¡Lo veremos!

JORGE. Si quereis
que vuestras sienes adorne
de la victoria el laurel,
un gran medio se me ocurre.
Casaos.

CAÑIZ. ¡Zambomba!

JORGE. ¿Y bien?

CAÑIZ. Desde que Adan fué burlado
por la primera mujer,
tengo horror á las manzanas
y al matrimonio.

JORGE. Temed
que, así y todo, Margarita
su mano os niegue cruel...

CAÑIZ. ¡Pues no faltaba otra cosa!

JORGE. Doblo mi apuesta.

CAÑIZ. Os perdeis.

JORGE. ¿La aceptais?

CAÑIZ. Queda aceptada.
Y adios; voy á disponer
que preparen al momento
mi sorpresa. ¡Ya vereis! (Vase por el fondo.)

ESCENA IV.

D. JORGE, luégo MARGARITA por el fondo.

JORGE. Hago mal en apostar,
porque me expongo á perder:

pesa más en la balanza
el oro que el oropel..

MARG. Amigo mio... Temprano
me hourais:..

JORGE. Os vengo á ofrecer
como recuerdo amistoso
este modesto clavel.
Pobre don, que no compite
con otros de mayor prez,
cuya vista me sonroja.

MARG. ¿Qué quereis decir?

JORGE. ¿No habeis
reparado en ese estuche?
(Señalando el de Cañizares.)

MARG. Son los diamantes que ayer
al bueno de Cañizares
en el teatro encargué.
Son falsos, sin pretensiones...

JORGE. Pero las puede tener
el artista...

MARG. (Riendo.) ¿Cañizares?

JORGE. Guardaos de él.

MARG. ¡Me ofendeis!

JORGE. Perdonadme: eso queria;
despertar vuestra altivez.
Todo hoy me sonrie.

MARG. Noto
con efecto, un no sé qué...

JORGE. Locamente enamorado
Fernando de una mujer
que sueña su fantasía,
deshecho ó roto tal vez
el casamiento de Elvira,
¿qué más puedo apetecer?

MARG. Deshecho... roto... explicaos.
¿Quién os dijo?...

JORGE. Fácil es
suponerlo: Elvira misma
una vez y dos y cien,
que tanta dicha su pecho
no podia contener.

MARG. ¿Y no premia su ternura

la noble dama por quien
rechaza el hijo del Duque
riqueza, honores, poder?

JORGE. Lo ignoro.

MARG. ¿Pero al objeto
de su amor no conoceis?

JORGE. Ni yo ni nadie. (Con indiferencia.)
Mas debe
orgullosa alzar su sien,
la dama feliz que supo
fuego amoroso encender
en el pecho del más noble
caballero...

MARG. Por Dios, ved,
ved, amigo Carvajal,
que mucho le encareceis,
y tan cumplidos elogios
que os oiga Elvira temed;
puede en ella despertarse...

JORGE. ¿Curiosidad?

MARG. O interés.

JORGE. Pues hablemos de otra cosa.
Lazos de amistad ayer
he reanudado de nuevo
con... Adivinad con quien.

MARG. Lo ignoro.

JORGE. Con ese jóven
músico que protejeis;
con Luis de Palma.

MARG. (¡Cielos!)

JORGE. (Se ha turbado.)

MARG. (Cortada.) Sí...

JORGE. Ya sé
que hoy vais á estudiar su ópera...
Animadle; capaz es
de desconcertarse al veros...
¡Es tan tímido el doncel!
No hay nada que se parezca
(en mi experiencia creed)
tanto á un necio, como un hombre
de ingenio....con timidez.

ESCENA V.

DICHOS, LAURA.

MARG. ¿Qué traes, Laura?
LAURA. El señor Duque
de Navia os desea ver.
JORGE. (¡El Duque! Buena la hicimos
si se descubre el pastel.)
MARG. (A Jorge.)
Es natural; le he invitado
á mi fiesta. Si quereis
que os presente...
JORGE. No. Esta noche
ese honor reclamaré.
Ahora me obliga á marcharme
un asunto...
MARG. No tardeis.
JORGE. (Avisemos á Fernando
que no venga.) Hasta despues. (Vase.)
LAURA. ¿Qué digo al señor Luis
si viene?
MARG. Que entre.
LAURA. Está bien. (Vase.)

ESCENA VI.

MARGARITA. El DUQUE entra por el fondo.

MARG. Al fin con vuestra presencia
honrais, señor, mi morada.
DUQUE. (Con seriedad.)
¡Margarita!...
MARG. En vuestra frente
nube de tristeza vaga...
(Con ternura.)
¿Qué teneis, señor? Decidme
de vuestro dolor la causa...

DUQUE. ¡Loco quien fia en promesas
de mujer enamorada!
Pronto en humo las convierte
el viento de la mudanza.

MARG. No os entiendo, señor Duque...

DUQUE. Calla, Margarita, calla.

MARG. ¡Que calle, y estais dudando
de mí?

DUQUE. Con razon sobrada.

MARG. (Con dignidad.)
Severa contra esa duda
mi conciencia se levanta.
Hablad, señor. ¿En qué pude
delinquir? ¿Cuál es mi falta?

DUQUE. Recuerda bien lo que anoche
tu labio me aseguraba.

MARG. No conozco á vuestro hijo...
os dije.

DUQUE. (Con severidad.) Y disteis palabra...

MARG. De que nunca pisaria
los umbrales de mi casa.

DUQUE. ¡Margarita, sin embargo,
Margarita me engañaba!

MARG. (Espantada.)
¡Yo engañaros!

DUQUE. (Llevándola á la ventana.) ¡Sí! ¡Mirad!
Al pié de aquella enramada
he visto á un jóven, pendientes
sus ojos de esa ventana,
absorto en sus pensamientos,
inmóvil como una estatua.
¿Quereis saber, Margarita,
su nombre?

MARG. Es inútil; basta.
¿Pues lo ignoro por ventura?
(El Duque mira asombrado á Margarita.)
¿No os dije que escrito se halla
el suyo con caractéres
indelebles en mi alma?

DUQUE. (En el colmo del asombro.)
¡Infeliz!... ¿Con que era cierto?
¡Me engañabas! ¡Me engañabas!

MARG. Juro que os digo verdad
por la memoria sagrada
de mi madre... por mi amor...
por mi respeto á esas canas.
Sé quién soy, sé lo que os debo;
sé que una enorme distancia
separa á la pobre artista
del heredero de un Navia.
Mas descuidad; yo no tiendo
á esas regiones mis alas.
No; soy altiva, y mi orgullo
á tanto no se rebaja:
quiero estar de quien adoro
orgullosa, no humillada.

DUQUE. ¿Será cierto? (Con reserva.)

MARG. Si promesas
ni juramentos os bastan,
¿qué he de decir? (Mirando por la ventana.)
¡Ah! Ya tengo
la prueba que me hace falta.
¡Él es! Mirad: aquel hombre
es mi amante.

DUQUE. ¡Desdichada!
¡Ese es mi hijo!

MARG. (Con espanto.) ¡Vuestro hijo!
¿Es sueño cuanto me pasa?
¿Luego hablábais...

DUQUE. De Fernando,
ciega víctima inmolada
en aras de una pasion
que hácia un abismo le arrastra...

MARG. Soy inocente, os lo juro.

DUQUE. ¡Inocente! ¿No le amas?

MARG. ¿Cómo he de negarlo?

DUQUE. Entónces...

MARG. Mas yo quién era ignoraba.
Perdonadme, señor Duque...
¡Oh! No me acuseis de ingrata...
Vos sois noble y generoso...
Si es preciso, á vuestras plantas
pediré perdon.

DUQUE. ¡Dios mio!

MARG. (Arrojándose á los piés del Duque.)
Vedme á vuestros piés.
DUQUE. Levanta,
que llega gente. (Levantándola con bondad.)

ESCENA VII.

DICHOS, LAURA, que sale precipitadamente.

LAURA. ¡Ah, señora!
El señor Luis aguarda...
DUQUE. Ve y dile que no le puede
recibir...
MARG. (Serenándose.) No, tente, Laura.
Dile que entre... que le espero...
LAURA. Haceis bien; ya el pobre estaba
harto de jardin y flores,
y paseos, y...
MARG. Sí, basta.
Haz lo que mando.
LAURA. (Algo ocurre
de extraordinario... algo pasa.) (Vase.)
MARG. En cuanto á vos, señor Duque,
pronto, entrad en esa estancia.
DUQUE. ¿Qué intentas?
MARG. (Abriendo la puerta del aposento.)
Nada que indigno
sea de vos.
DUQUE. Mas repara...
MARG. Probar mi inocencia quiero,
y cumplir una palabra
que me he empeñado á mí propia...
(El Duque quiere hablar.)
Toda discusion es vana.
Entrad, señor, al momento,
ó no respondo de nada.
(Entra el Duque en el gabinete de la izquierda.)
Viva él feliz... Muera yo
si así place á mi desgracia.

ESCENA VIII.

MARGARITA, sentada junto á la mesa de la izquierda. SANDOVAL entra por el fondo derecha.

SANDOV. (Allí está; tal vez me atreva
á decirla mi pasion.)
MARG. (Dame fuerzas, corazon,
para resistir la prueba.)
SANDOV. Margarita...
MARG. Os esperaba,
caballero.
SANDOV. (¿Estoy soñando?)
MARG. Y por cierto que pensando
solamente en vos estaba.
SANDOV. Hija del temor ha sido
mi tardanza.
MARG. ¡Bien, por Dios!
¿Y un artista como vos, (Alto, con ironía.)
confiesa... (Está conmovido.)
SANDOV. Quien vuestra opinion espera
saber...
MARG. Hablad sin zozobra.
¿Quereis que de vuestra obra
os dé mi opinion sincera?
Pues á emitirla me allano...
Comenzad cuando gusteis...
(Cogiendo varios papeles de música del piano.)
SANDOV. ¡Ah! ¡Margarita!
MARG. ¿Quereis
acompañaros al piano?
SANDOV. ¡Oh, sí!
MARG. Cantad... lo mejor.
SANDOV. (Buscando entre los papeles de música.)
Si este duo os satisface...
MARG. Podeis empezar: me place.
SANDOV. (Desarrollando los papeles que le habrá entregado Margarita.)
De amor es.
MARG. (Extremeciéndose.) ¡De amor!
SANDOV. (Mirándola con pasion.) De amor.
(Lee el papel clavando de vez en cuando los ojos en Margarita.)

CANTO.

SANDOV. Me pinta el deseo
su imágen hermosa;
en sueños la veo,
despierto me acosa.
Por ella suspiro
de ardiente amor lleno:
si ausente la miro,
me aflijo y me apeno,
y al verla, ¡oh dolor!
sufro y loco me muero de amor.
(A Margarita que se extremece.)
¿Qué os parece?

MARG. Con franqueza
(¡perdonádmelo, Señor!)
el amor no retratais
con verdad ni inspiracion.

SANDOV. (Cortado.)
Yo creí... Laura me dijo...

MARG. ¡Pues ya veis que os engañó!
(Tomando el papel de manos de Sandóval y repitiendo las mismas palabras.)
«Me pinta el deseo
su imágen hermosa...
en sueños la veo, (Conmovida.)
despierto me acosa...»
(Interrumpiéndose.)
Frase es esta conocida.

SANDOV. ¿Os la han dicho mucho á vos?

MARG. (Continuando.)
«Por ella suspiro
de ardiente amor lleno.» (Levantándose.)
Escusado es que prosiga;
pintais mal vuestra pasion.

SANDOV. (Con despecho.)
Quien amor no siente, poco
entender puede de amor.

MARG. (Mirándole.)
(Se estremece, se turba, se irrita,

despechado se siente morir;
¡justo Dios! Sin piedad Margarita
su palabra ha sabido cumplir.)

SANDOV. (Su sangrienta ironía me irrita,
me sublevo y me siento morir.
Su desprecio mi cólera excita...
Vale más en silencio sufrir.)

MARG. Os he dicho lo que siento,
y á deciros mi opinion,
no hareis nunca en el teatro,
señor músico, furor.

SANDOV. ¡Y era amor el sentimiento
que esos cantos inspiró!

MARG. Ya sé que es mi camarera
(Con viveza y afectando sonreirse.)
el objeto de ese amor.

SANDOV. ¡Margarita!

MARG. Lo sé todo.

SANDOV. (Poniéndose de rodillas.)
Yo os adoro.

MARG. ¿A mí? ¡Gran Dios!
(Espantada y dando un paso hácia el gabinete de la izquierda.)

SANDOV. ¡A vos sola!

MARG. Caballero, (Reponiéndose.)
levantaos por favor...
Levantaos, no murmuren (Riendo con ironía.)
que os han visto en oracion.
El que insensato
gime y suspira
por los rigores
de una beldad,
nunca á mi pecho
piedad inspira;
siempre en mi labio
risa verá.
¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah!

SANDOV. (Fuera de sí.) El que insensato
de amor delira,
no halla en su pecho
nunca piedad.
Risa y escarnio
mi amor la inspira:

¡maldita sea
mi ceguedad!

(En el ritornelo de este trozo, cae Sandoval en un sillon cubriéndose el rostro con las manos. El Duque ha salido del gabinete, y al llegar á la puerta del fondo coge la mano de Margarita que estrecha con ternura.)

HABLADO.

DUQUE. (Saliendo.)
¡Ah! ¡Margarita!...
MARG. Alejaos,
no os vea. (Al tiempo de irse.)
(¡Cuánto he sufrido!)

ESCENA IX.

EL DUQUE, SANDOVAL.

DUQUE. (Fingiendo hablar con Margarita.)
Bien, bien: vuestro protegido
es aquel... tranquilizaos.
SANDOV. ¡Mi padre!
DUQUE. (A Sandoval que se levanta volviendo la cabeza.)
Será colmado
en breve vuestro deseo...
Venid, jóven... Mas ¿qué veo?
¡Aquí mi hijo!... ¡Y disfrazado!
¿Con que sois vos? ¡Vive Dios!
SANDOV. ¡Padre!
DUQUE. Silencio, os exijo:
no digais que sois mi hijo,
pues me avergüenzo de vos.
SANDOV. Señor...
DUQUE. Culto á una cantante
rendís... ¿Y qué habeis logrado?
Acaso ser derrotado
como artista y como amante.
SANDOV. Escuchar la ingrata puede
de mi boca la verdad

y saber mi calidad,
y entónces...

DUQUE. Si entónces cede,
deslumbrada por tu cuna,
dirá el mundo que cedió,
no á tu porfía, sino
al brillo de tu fortuna.

SANDOV. ¿Suponeis?...

DUQUE. Eso dirá;
y pues soy padre y soy viejo,
calla y acepta el consejo
que mi experiencia te da.
Busca alivio á tu dolor
huyendo de su presencia:
ve que es médico la ausencia
que cura males de amor.

SANDOV. Esa es mi única esperanza;
sí, léjos de la traidora
partiré... pero no ahora:
me retiene la venganza.

DUQUE. Tu amor insensato, di.

SANDOV. Padre, dejadme primero
probarla que no la quiero,
que no la amo.

DUQUE. ¿Es cierto?

SANDOV. Sí.
Vuelva yo á su pecho helado
desden por desden, y huiré...
solo entónces partiré,
pero partiré vengado.

DUQUE. ¿Cómo de tí triunfarás
en la lucha que provocas?
¿Cómo un incendio sofocas
si más pábulo le das?
¿No comprendes que el furor
que á tal extremo te lleva,
no es más que una forma nueva
que en tí ha tomado el amor?

SANDOV. Pues bien, odiada ó querida,
causa de angustia ó contento,
Margarita es elemento
indispensable en mi vida.

DUQUE. Si no influyen en tí nada
cuantas razones te he dado,
cede al respeto sagrado
de mi palabra empeñada.
Nací noble, y del honor
debo respetar la ley.
He dado palabra al Rey.

SANDOV. ¿Pero y mi dicha, señor?
¡Dios mio!

DUQUE. No hay medio, no:
la cuna os ha separado.

SANDOV. ¡Ah!

DUQUE. Deja que muera honrado
quien tan honrado nació.

SANDOV. No tiene en virtud rival
Margarita.

DUQUE. No, no tiene...
¿Pero y tu honor? Ella viene.
(Mirando hácia el fondo.)
(¿Por qué no nació su igual?)
(Entran Margarita y Cañizares.)

ESCENA X.

El DUQUE á la derecha. CAÑIZARES. MARGARITA apoyada en su brazo. SANDOVAL á la izquierda. Luego LAURA.

MARG. Con que decís, Cañizares,
que es mi jardin...

CAÑIZ. Un vergel.

MARG. (Con emocion viendo á Sandoval.)
(¡Todavía aquí!)

CAÑIZ. No hay nada
más poético á mi ver. (Cortado.)
Aquella verde alameda...
y el verde follaje aquel...
y, sobre todo, la verde...

SANDOV. (Bajo á Cañizares que pasa á su lado.)
¡Basta de verde!

CAÑIZ. (Asombrado.) Está bien.

SANDOV. (Si ella le amase...)
CAÑIZ. (¿Qué mosca
le habrá picado al doncel?)
MARG. ¿Qué deciais, Cañizares?
CAÑIZ. (Mirando de reojo á Sandoval.)
Que hay gentes que al parecer
de conversacion no gustan,
y que yo soy al reves.
¡A mí un chiste, un epigrama
me suele un efecto hacer!...
Y el talento... sobre todo
el talento... Ya se ve:
justamente se desea...
SANDOV. (Con mal modo.)
Lo que no se tiene.
CAÑIZ. ¡Pues!
(Este mozo, francamente,
no me pasa de la nuez.)
DUQUE. (De pié, á Margarita que viene á sentarse junto á la mesa á la derecha, en voz baja.)
¡Te ama!
MARG. (¡Dios mio!)
DUQUE. No bastan
los desaires, la esquivez...
Necesito que le alejes
de aquí para no volver.
MARG. Comprendo, señor. (¡Dios santo,
mi pecho fortaleced!)
(El Duque se aleja de Margarita, sube hácia el fondo, y vuelve á bajar á la izquierda al lado de Cañizares.)
SANDOV. (En el momento en que su padre se aleja, atraviesa el teatro, pasa junto á Margarita y le dice en voz baja:)
Margarita, una palabra.
MARG. (Me asusta su palidez.)
SANDOV. Tengo precision de hablaros.
MARG. (Esforzándose en sonreir.)
¿A mí?
SANDOV. (Con fuerza.) A vos.
MARG. (Con ironía.) No puede ser...
(Gesto de cólera de Sandoval. Margarita con voz más dulce.)
ahora.
(Señalando al Duque y Cañizares.)

SANDOV. Bien, más oportuna
ocasion esperaré.
MARG. (Con frialdad.)
Esperad.
CAÑIZ. (Estoy haciendo
un divertido papel.)
MARG. (A Laura, que entra con una bandeja de plata cubierta de cartas.)
¿Qué es?...
LAURA. La provision del dia.
Cartitas llenas de miel
con que á las pobres mujeres
tienden los hombres la red.
¡Pícaros! Para que muerda
en el anzuelo este pez.
MARG. Dámelas... ¿Qué te sorprende?
LAURA. Como nunca las leeis...
MARG. Hago mal.
SANDOV. (Fuera de sí.) ¿Tendrá valor?
CAÑIZ. (Que lo ha oido.)
Quien ha pisado una vez
el teatro...
SANDOV. ¡Miserable!
CAÑIZ. (Retrocediendo.)
(Pero este hombre es un Luzbel.)
DUQUE. ¿Insistis?... (A Margarita.)
MARG. (Con dolor, lanzando una mirada al Duque.)
Sí, señor Duque.
(Reponiéndose y sonriendo.)
¿Cómo no, si soy mujer?
(Le sacrifico mi honra...
¿Qué más puedo hacer por él?)
(Mirando la bandeja que Laura le presenta.)

CANTO.

Un dia entero
no basta, no,
para leer tanta
lucubracion.
¡Chiton! ¡Chiton!
Principio, caballeros,
da la funcion.

SANDOV. Sueños de dicha,
sueños de amor
que acariciábais
mi corazon,
por compasion
no veais esta horrible
profanacion!

MARG. (A Cañizares.)
Vos, Cañizares,
que de galante
fino y constante
dais pruebas hartas,
leedme esas cartas
sin dilacion.

CAÑIZ. Pues atencion.

MARG. ¡Chiton! ¡Chiton!

CAÑIZ. (Abriendo una carta.)
Un poeta principio
da á la funcion.

(Margarita se halla sentada junto á la mesa: á su izquierda el Duque, sentado tambien: á la derecha de Margarita, Cañizares y Laura. Más distante Sandoval.)

CAÑIZ. «Claveles son tus labios,
flor de mi vida,
y púrpura las rosas
de tus mejillas.
¡Ay, azucena!
¿Quién no bendice al verte
la primavera!»

MARG. Suspira Apolo...
¡Qué bueno va!
Pronto el aire el suspiro
se llevará.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
No sigais,
basta ya:
de amores de poetas
no hay que fiar.

TODOS menos Sandoval.
Dice bien, basta ya:
de amores de poetas
no hay que fiar.

CAÑIZ. (Recorriendo varias cartas.)
Un marino.
MARG. (Haciendo un gesto.) Me mareo.
CAÑIZ. Un baron. (Mirando otra carta.)
MARG. Busque otro empleo.
CAÑIZ. Un indiano, Margarita, (Idem.)
que por vos de amor palpita...
MARG. ¿Será rico?
CAÑIZ. Y tonto y vano.
MARG. Leed la carta del indiano.
CAÑIZ. (Leyendo.)
«Os ví, y de amor me abraso
por vuestros ojos:
amor que es más ardiente
que el sol del trópico.
Dadme esperanzas,
y ofrezco mis riquezas
á vuestras plantas.»
MARG. (Aparte, con un movimiento de indignacion que reprime en seguida al ver al Duque.)
¡Tal insolencia!...
Mas bueno va.
Su amor en la balanza
se pesará.
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
No sigais,
de hecho ya
la cuestion el indiano
decidirá.
SANDOV. No creí que pudiera á la aleve
risa y mofa inspirarle su honor.
DUQUE. ¡Desdichado! No puede, no debe
resistir prueba tal con valor.
MARG. (Vocalizando mientras cantan todos.)
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
CAÑIZ. Lo que observo me dice que en breve
en las redes caerá de mi amor.
LAURA. Fácil es que á la escena me lleve
gloria tal, tanto aplauso y favor.

HABLADO.

MARG. Guarda esas cartas; las otras
puedes quemarlas despues.
SANDOV. (¡Que esto escuche!)
DUQUE. (En voz baja pasando junto á Margarita.)
¡Margarita!
No sé cómo agradecer...
MARG. Puede oirnos, señor Duque. (Se aparta.)
(Acaso estuve cruel...)
LAURA. ¿Vais á mudaros de traje?
MARG. No, Laura, no es menester.
Pondremos unos diamantes
á este...
CAÑIZ. (Señalando su estuche.)
¿Los mios?
MARG. (Sonriendo.) No, á fé.
¡Diamantes falsos! Prefiero
los que tengo en mi poder
procedentes de un amigo
verdadero, noble y fiel.
(Mirando con emocion al Duque.)
CAÑIZ. ¿Y si fuesen mis diamantes?...
MARG. (Con sorpresa.)
¿Qué?
CAÑIZ. ¿Verdaderos tambien?
MARG. ¡Oh! (Con indignacion.)
CAÑIZ. Si yo como un tributo
al genio, os rogara que
los aceptáseis... y... (Cortado.)
(Gesto de indignacion de Margarita que encuentra la mirada del Duque y se detiene.)
(¡Vamos!
La asustó mi intrepidez.)
SANDOV. (¡Y calla!)
CAÑIZ. (A Sandoval.) (¡Y calla!)
SANDOV. (A Cañizares Ap.) Si acepta,
¡ay de vos!...
CAÑIZ. ¿De mí? ¿Por qué?
(Pues la ha tomado conmigo.)

DUQUE. ¿Y ahora me acompañareis?
(Acercándose á Sandoval.)
SANDOV. Padre, un instante tan solo...
Yo os lo ruego...
DUQUE. Esperaré
afuera. (Vase.)
SANDOV. (A Cañizares.) Hijo soy del Duque
de Navia...
CAÑIZ. (Saludando ridículamente.)
Bésoos los piés...
y las...
SANDOV. Y de mis ofensas
estoy pronto á responder.
CAÑIZ. No, yo no trato... ¡Ah, qué idea!
Yo la escribiré tambien;
mi mano acepta, me caso...
y acabamos de una vez.

ESCENA XI.

MARGARITA sentada á la derecha. SANDOVAL.

SANDOV. Todo, todo lo escuchó,
señora, mi afan ardiente;
hasta su oferta insolente.
MARG. ¿Y eso os admirá?
SANDOV. En él no.
MARG. ¿Y en mí sí?
SANDOV. (Cambiando de tono.) Vedme dudando
de lo propio que mis ojos
vieron con ira y enojos...
¿Y cuándo, señora? Cuando
con tierna solicitud
el mundo á vuestra persona
ciñe la doble corona
del talento y la virtud.
MARG. La causa, don Luis, respeto
que á mi fama contribuye;
quizá el mundo me atribuye
sentimientos... que interpreto;
sentimientos que ademas

juzga él propio una quimera...
Vedme frívola... ligera...
caprichosa... y nada más.

SANDOV. No, no; el corazon rechaza
lo que asienta el labio impío...
Oid, si es cierto, el sombrío
porvenir que os amenaza.
Dardo agudo clavará
el dolor en vuestro seno;
la calumnia su veneno
sobre vos derramará,
y entónces, «virtud, candor,»
sólo serán vanos nombres,
porque guardarán los hombres
en pedazos vuestro honor.

MARG. A nadie de mis acciones
tengo cuentas que rendir;
así, dejadme vivir
en paz con mis ilusiones.

SANDOV. No, mientras viva creciente
esta pasion que me agita.
¿Por qué no sois, Margarita,
tal como os soñó la mente?

MARG. Luego es decir...

SANDOV. ¡Ah, señora!
Por vos, de virtud dechado,
hubiera mi sangre dado
y cuanto soy; mas ahora...

MARG. (Con dolor.)
¡Me despreciais!... (¡Dios clemente!)

SANDOV. Sufro con vuestro desvío,
pero os amo á pesar mio
y os amaré eternamente.

MARG. (Con alegría.)
¡Cielos!

SANDOV. Ilustre es mi cuna.
No soy, Margarita, el hombre
que imaginais... tengo un nombre...
y un rango... y una fortuna.
¿Qué más quereis? Formulad
el más pequeño deseo,
y es vuestro cuanto poseo.

MARG. (Con dolor.)
¡Mio!
SANDOV. Sí.
MARG. (Cubriéndose el rostro con las manos.)
¡Dios de bondad!
SANDOV. Si mi cariño prefieres,
oro á montones tendrás,
y joyas con que serás
la reina de las mujeres.
(Dando un grito de alegría.)
Se sonroja, vierte llanto...
MARG. ¡Por vos!
SANDOV. ¡Me engañaba, sí...
Aún eres digna de mí!
MARG. (Con desaliento.)
(¡No me abandones, Dios santo!)
(Entra Laura.)
—¿Tú aquí, Laura? No concibo...
(Laura entrega una carta.)
¡Una carta!
LAURA. ¡Del joyero!
SANDOV. (Indignado.)
¡Devolvedla... Yo lo quiero!
(Margarita, despues de un instante de vacilacion y sin contestarle, toma la carta y hace señas á Laura para que se aleje, Sandoval continúa.)
¡No la abrais!... Os lo prohibo.
(Margarita abre la carta.)
¡Y os atreveis á leer!...
(Arrancando la carta de manos de Margarita.)
¡Dadme esa carta en mal hora!
Cuanto él promete, señora,
os puedo yo prometer.
(Arroja la carta haciéndola pedazos.)
MARG. (Indignada.)
¡Basta!
SANDOV. ¡Sí, por mí y por vos!
MARG. De quien soy os olvidais.
SANDOV. (Con rabia.)
¡Mas no de que no me amais!...
¡Adios para siempre, adios!
(Vase precipitadamente.)

ESCENA XII.

MARGARITA.

¡Dejarme en esta agonía!
¡Sentirme de amor morir
y no poderlo decir!
¡Menguada estrella es la mia!
Horrible es el despertar
de mi sueño temerario:
corazon, es necesario
sufrir, sufrir... y callar.

ESCENA XIII.

MARGARITA, DON JORGE.

HABLADO.

JORGE. Algo durante mi ausencia
ha pasado: necesito
una explicacion sucinta
de todo.
MARG. ¡Jorge!
JORGE. U os riño.
¿Qué es esto? Corro á salvarle,
y me dicen que ha partido?
MARG. ¿De quién hablais?
JORGE. De ese jóven
compositor... de mi amigo
Luis de Palma.
MARG. ¡Luis de Palma!
JORGE. Cabal; de mi protegido:
un muchacho de talento
á quien por algun capricho
acaso habreis despreciado...
No me lo negueis. Yo mismo
le he visto que se marchaba...

MARG. (¡Al fin!... ¡Oh! Gracias, Dios mio!)
¿Y decís que se ha marchado?
JORGE. Al reves; lo que yo he dicho
es que se marchaba, pero
á la fuerza le he traido.
MARG. (Contrariada.)
¿Qué habeis hecho?
JORGE. Margarita,
sé que os ama con delirio;
y de su mirada ardiente
me asustó el siniestro brillo.
Ignoro lo que ha pasado;
pero algo grave es de fijo,
cuando llorando de rabia
me decia: «Amigo mio,
mientras á mi padre yo
mi insensato amor le pinto,
díla...
MARG. ¡Acabad!
JORGE. Que á casarme
con ella estoy decidido.»
MARG. (No pudiendo reprimir su alegría.)
¿Él? ¿Qué decís? ¡No es posible!
JORGE. ¡Pardiez! Cuando yo os lo digo...
Se casa con vos.
MARG. (Con dolor.) ¡Oh! ¡Nunca!
JORGE. (Estupefacto.)
¿Hay nada más inaudito?
¿Nunca decís? (Riendo.) Mas ya caigo.
(Confidencialmente.)
Sabedlo, pues es preciso.
Mi amigo Luis, en Fernando
Sandoval se ha convertido,
y Fernando Sandoval
del Duque de Navia es hijo.
MARG. ¿Qué me importa?
JORGE. No os comprendo.
¿Dais por ventura al olvido
el porvenir que os reserva,
si os casais, vuestro destino?
MARG. (Con frialdad.)
Repito que no me importa.

JORGE. Si no por vos, por él mismo,
que cifra en vos su esperanza:
por mí, que al amor aspiro
de Elvira, aceptad su mano...
de hinojos os lo suplico.

(Cae á sus piés mirando á Margarita con ansiedad, la cual desde hace algunos instantes no puede reprimir su emocion.)

¿Qué veo? Estais conmovida...
Llanto en vuestros ojos miro...
¡Ah! ¡Sí, le amais!

MARG. (Con espanto.) ¡Yo... Silencio!
Rumor de pasos percibo...

(Viendo aparecer al Duque.)

¡El Duque!

JORGE. (Ya llega tarde:
Elvira es mia; he vencido.)

ESCENA XIV.

JORGE, el DUQUE, MARGARITA.

DUQUE. (Entra vivamente, saluda á D. Jorge, y llevando aparte á Margarita, la dice en voz baja:)

¡Margarita! ¡Mi ángel bueno!...
¡Ten piedad de mi martirio!
¡Si supieses!...

MARG. Lo sé todo.

DUQUE. Ni del Rey el compromiso,
ni mi autoridad respeta
en su amante desvarío.
¡Loco está!... Para apartarle
de su pertinaz designio,
mi ángel bueno, Margarita,
¿con quién contaré?

MARG. (Con decision.) Conmigo.

ESCENA XV.

CANTO.

LOS MISMOS, CAÑIZARES, LAURA, CORO, luego SANDOVAL.

CORO. (Entrando por el fondo.)
Gocen todos
sin medida.
¿Qué es la vida?
¿Qué el dolor?
Nada, al lado
de la llama
que se inflama
del licor.

JORGE. (A Sandoval que aparece en el fondo, despues de haber entrado varios criados con copas, ponche, etc.)

JORGE. ¡Albricias! Nada temas;
respondo de su amor.

SANDOV. ¿Te ha dicho?...

JORGE. Calla y canta
con ellos como yo.

CORO. Gocen todos
sin medida.
¿Qué es la vida?
¿Qué el dolor?
Nada, al lado
de la llama
que se inflama
del licor.

MARG. (Tomando una copa llena de ponche.)
Hirviente centellea
el vino en el cristal:
henchidas hasta el borde
las copas apurad.
Quimera es la gloria,
mentira el amor:
mi dicha es la orgía,
mi gloria el licor.
Mirad, brota azulada
la llama en el cristal:

mirad, no es más ardiente
la lava del volcan.
Quimera es la gloria,
mentira el amor:
bebed, compañeros,
del rojo licor.

(Pudiendo apénas sostenerse.)
¡Cielo santo!

TODOS. ¿Qué os sucede?

MARG. (Reponiéndose.)
Un vahido... nada fué.

CORO. (Algo indica de su rostro
la extremada palidez.)

DUQUE. ¡Desgraciada!

JORGE. (A Sandoval.) ¡Te ama!

SANDOV. ¡Oh, dicha!
No me atrevo á darte fe,
porque temo que me mate
tanto gozo, tanto bien.

CAÑIZ. Mi presencia la impresiona;
no se puede contener.

MARG. Por mis venas
siento impío
mortal frio
recorrer.
A mi ruego,
cielo santo,
calma tanto
padecer.

SANDOV. De esta ardiente
llama mia,
norte y guia
su amor es,
é inundarse
mi alma siento
de contento,
de placer.

JORGE. ¡Oh, ventura!
Si en la llama
que le inflama
premio ve,
pronto á Elvira

con mi mano
daré ufano
dicha y fe.

DUQUE. Su penoso
sacrificio,
su suplicio
que es cruel,
mi tormento,
mi zozobra,
todo es obra
del deber.

CAÑIZ. En la lucha
mostró empeño,
mas un sueño
todo fué,
que no hay dama
que á mi ruego
su sosiego
fin no dé.

CORO y LAURA. De honda angustia
su faz bella,
triste huella
deja ver,
y algo ocurre
misterioso
que es forzoso
sorprender.

SANDOV. (Acercándose á Margarita.)
Temblando espero
vuestra respuesta.

CAÑIZ. (Colocándose al otro lado de Margarita.)
¿Quereis las sienes
ceñir de perlas?

SANDOV. (A Margarita que permanece inmóvil.)
De amor eterno
dadme una prenda.

CAÑIZ. Dejad que nuncio
de mi amor sea...

SANDOV. (Mostrando la rosa que lleva en la cintura. Con rapidez.)
Quiero esa rosa.

CAÑIZ. (Casi al propio tiempo.)
La rosa vuestra.

(Margarita, con la rosa en la mano, vacila: ve de pronto los ojos suplicantes de Jorge y Sandoval, y por un movimiento imperceptible la dirige hácia éste; pero al contemplar al Duque, que la observa pálido é inmóvil, vuelve la cabeza y entrega á Cañizares la rosa sin mirarle siquiera.)

SANDOV. ¡Oh! ¡Qué infamia!

JORGE. ¡Quién creyera!...

SANDOV. ¡Todo ha muerto entre los dos!
Un abismo nos separa.
¡Te aborrezco!

MARG. Pero yo...

DUQUE. (Con dignidad interponiéndose.)
¡Margarita, tu promesa!

MARG. (Con desaliento.)
¡Ay de mí! Teneis razon.

(En el momento en que Sandoval se acerca á Margarita, coge ésta de la mesa una copa de ponche, hace un supremo esfuerzo y canta el primer motivo.)

MARG. Hirviente centellea
el vino en el cristal;
henchidas hasta el borde
las copas apurad.
Quimera es la gloria,
mentira el amor;
mi dicha es la orgía,
mi gloria el licor.

(Sandoval, furioso, lanza un grito y se aleja indignado. Margarita, con la copa todavía en la mano, cae desmayada en un sillon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Uno de los salones de la casa municipal preparado para la recepcion del Rey. Al fondo una elevada galería, á la que se sube por varios escalones. A la derecha y á la izquierda, tribunas ricamente adornadas.

ESCENA PRIMERA.

CANTO.

CAÑIZARES bajando por la izquierda de la galería, rodeado de algunos de sus colegas de consejo.

CORO. Brillante, brillantísimo
será el concierto.
CAÑIZ. Decid que en buenas manos
está el pandero. (Con fatuidad.)
CORO. ¡Vaya si está!
CAÑIZ. No direis que no tengo
mucho de acá. (Señalando la frente.)
CORO. ¡Pues ya! ¡Pues ya!
Sí, señor, tiene mucho...
mucho de acá. (Imitándole.)
CAÑIZ. Nada tiene, nada
de particular,
que en todo resalte
mi capacidad.
Si pruebas obtengo
del favor real,
voy á ser el ídolo
de Su Majestad.

CORO. Nada tiene, nada
de particular
que pruebas obtenga
del favor real.
Está visto, es mucha
su capacidad.
¡Vaya, vaya, vaya,
si tiene de acá!

(Señalando todos la frente con ademan burlesco.)

CAÑIZ. Aquí traigo preparado
un discurso para el Rey:
sus imágenes brillantes
gran efecto le han de hacer.

CORO. (En son de mofa.)
¡Gran efecto!

CAÑIZ. Que ha de darme
honra y prez no lo dudeis;
que es mi estilo muy ameno,
y es mi ingenio... ¡Pues!

UNOS. ¡Pues!

TODOS. ¡Pues!

CAÑIZ. Un ingenio extraordinario
que echa chispas... ¿lo entendeis?

CORO. ¡Que echa chispas! No haya miedo
que arda en ellas su merced.

CAÑIZ. Y si un título consigo
de Baron, Conde ó Marques,
os prometo...

CORO. ¡Ya!

CAÑIZ. Al instante
hacer algo en vuestro bien.

CORO. ¡Ah!

CAÑIZ. Confiad en mi talento.

CORO. ¡Oh!

CAÑIZ. Sí, amigos, fiad en él.

(Viendo que nadie le contesta.)
¡Porque yo tengo talento!

CORO. ¡Uff!

CAÑIZ. Lo dicho.

CORO. Ya lo veis,
nada tiene, nada
de particular,

que pruebas obtenga
del favor real.
Está visto, es mucha
su capacidad.
Vaya, vaya, vaya,
si tiene de acá. (Vase el coro.)

ESCENA II.

HABLADO.

CAÑIZARES, JORGE que sale por la derecha.

CAÑIZ. ¿Vos tambien aquí, don Jorge?
JORGE. Como todos.
CAÑIZ. Lo celebro.
Así podreis consolaros...
JORGE. ¿Consolarme? No os entiendo.
¿De qué?
CAÑIZ. De vuestra derrota.
Ya Margarita... Y por cierto
que hubiera dado una prueba
de mal gusto...
JORGE. Sí, admitiendo
vuestro amor...
CAÑIZ. No: no premiándolo,
como sabeis que va á hacerlo.
JORGE. Si creeis que Margarita
corresponde á vuestro afecto,
os engañais.
CAÑIZ. Me ha ofrecido
de su mano hacerme dueño...
JORGE. ¡No conoceis las mujeres!
CAÑIZ. Cuando casarme proyecto...
JORGE. Dadas son á la mudanza
(Aparece el Duque y escucha.)
y de perfidias modelo;
sobre todo, Margarita.
CAÑIZ. ¿Qué veis en ella?
JORGE. ¿Qué veo?
dulzura y miel en sus labios
y en su corazon veneno.

Sin creencias, insensible,
incapaz de un sentimiento
noble y puro, ni ama á nadie
ni cree en nada.

ESCENA III.

LOS MISMOS, el DUQUE.

DUQUE. ¡Vive el cielo,
que quien ofende á esa dama
ni es noble ni caballero!

JORGE. (Con altivez.)
¡Señor Duque!...

DUQUE. Lo repito,
y á probarlo estoy dispuesto.

CAÑIZ. (Con petulancia.)
Y yo.

JORGE. Sois padre del hombre
á quien vida y honra debo...

CAÑIZ. (Lo mismo.)
Y yo. Es decir...

DUQUE. ¿En qué pudo
para así hablar ofenderos?

CAÑIZ. Cabal; ¿en qué?...

JORGE. (Apartando á Cañizares.) ¿Callareis
de una vez, voto al infierno? (Al Duque.)
Teneis razon, señor Duque;
estais en vuestro derecho
defendiéndola... realmente
por ella yo nada pierdo,
nada... á escepcion de una apuesta;
pero vuestro hijo, sabedlo,
tal vez pierda la razon.

DUQUE. No temais por su sosiego.

JORGE. Mirad que son sus amores...

DUQUE. Juveniles devaneos.
Fernando ni ve ni piensa
en Margarita.

CAÑIZ. (Me alegro.)

DUQUE. Ya esta mañana ha jurado
no oponerse á mis proyectos
de alianza...
JORGE. ¡Oh, Dios!
DUQUE. Y no falta
Fernando á sus juramentos.
De órden del Rey, esta noche
al terminarse el concierto,
se firmarán los contratos.
Mas, pardiez, me tiene inquieto
la ausencia de Margarita:
está delicada, y temo
no pueda cantar delante
del Rey... (Volviéndose hácia Cañizares.)
Id á verla luégo.
Mucho me disgustaria
semejante contratiempo. (Vase por la derecha.)
CAÑIZ. Y á mí, que al ir á su casa
como individuo del cuerpo
municipal, y encargado
de la fiesta, me dijeron
que no recibia á nadie.
JORGE. ¿Lo veis? No turban su sueño
vuestros diámantes.
CAÑIZ. ¡Demonio!
JORGE. No os ama.
CAÑIZ. (Dudando.) Si fuese cierto...
JORGE. Y no espereis que esta noche
cante aquí.
CAÑIZ. ¡Rayos y truenos!
Seria cosa de ahorcarse...
JORGE. Podeis empezar á hacerlo.
CAÑIZ. No me urge, gracias...

ESCENA IV.

DICHOS, LAURA por la izquierda.

LAURA. (Saliendo sofocada.) Faltarme
de esa manera al respeto...
CAÑIZ. ¡Laura!
LAURA. ¡Impedirme la entrada

á mí! Pero á bien que fueron
señalados... De un reves...
Mi señora vendrá presto.

CAÑIZ. (Alegre.)
¿Será verdad lo que dices?

JORGE. ¿Vendrá?

CAÑIZ. ¡Me has quitado un peso!..

LAURA. Enviadla la litera.

CAÑIZ. ¡No que no! Y de orgullo lleno
la conduciré triunfante
hasta aquí. (Dirigiéndose á D. Jorge con ironía.)
¿Qué decís de esto?
Soy venturoso... no es culpa
mia...

JORGE. Ni de vuestro mérito.

CAÑIZ. (Haré como que no lo oigo.)
Dios os guarde. (Vase.)

LAURA. Yo me alejo
tambien. — Por si vuelve á hablarme
Tomás de su casamiento,
tomaré distinto rumbo...
¡Es tan pesado el mancebo!
(Viendo á Fernando que atraviesa la galería del fondo vestido ricamente en traje de corte.)
¿Es esto ilusion? Don Jorge:
(Señalando á Don Fernando.)
¿Quién es aquel caballero?...

JORGE. El hijo de un Duque, Laura.

LAURA. ¡Si lo veo y no lo creo!
¡Un compositor!... Un músico...

JORGE. Los domingos.

LAURA. ¿Y en el resto
de la semana?

JORGE. Muy rico.

LAURA. (Haciendo una reverencia á Sandoval, que distraido no la mira.)
Servidora... ¡Qué desprecio!
¡Ni me ha mirado siquiera!
Aun de mi asombro no vuelvo...
Voy á descargar mi enojo
en Tomas... Guardeos el cielo. (Con mal modo.)

ESCENA V.

JORGE, SANDOVAL.

JORGE. (Tocándole en el hombro.)
Algo en tu mente se agita.
¿En qué piensas?
SANDOV. (Distraido.) ¿Qué se yo?
En ella.
JORGE. (Vivamente.) ¿En Elvira?
SANDOV. ¡No,
vive el cielo! En Margarita.
JORGE. ¡Y llevas tu concertado
enlace á efecto! ¿Qué es esto?
SANDOV. ¿Qué ha de ser? Que la detesto
tanto como la he amado.
JORGE. Y por odio á esa mujer
consientes quizá...
SANDOV. Consiento
en cumplir el juramento
que hice al Rey: es mi deber.
Y pues me manda el honor
que cumpla lo prometido,
seré de Elvira marido,
aunque muera de dolor.
Sí, de dolor, Jorge amigo.
JORGE. (Con frialdad despues de una ligera pausa.)
Recibe mi parabien,
mi enhorabuena...
SANDOV. Está bien;
cuento contigo.
JORGE. (Asombrado.)
¿Conmigo?
Hoy mismo parto de aquí.
SANDOV. (Admirado.)
¿Dónde vas?
JORGE. ¡Desdicha fiera!
¿Dónde? A reñir con cualquiera...
y á morir.
SANDOV. ¡Oh! Vuelve en tí...

JORGE. Justo es que tu afan deplores;
¿pero crees, por Belcebú,
que eres el único tú
desventurado en amores?
SANDOV. ¡Tú tambien!
JORGE. Sí: mas mi dama,
para colmo de rigor...
SANDOV. ¿No corresponde á tu amor?
JORGE. Me ama, Sandoval, me ama.
SANDOV. ¿Es casada?
JORGE. Lo será
en breve. (Mirando hácia la derecha.)
¡Dios santo! ¡Mira!
SANDOV. (Con frialdad.)
¿Quién es?... El Marques y Elvira.
JORGE. Vete: te esperan quizá...
SANDOV. (Examinando á Jorge, que continúa mirando á la derecha.)
(Se turba...) No puedo ahora
moverme, Jorge, de aquí.
Ve, y acompaña por mí
á Elvira.
JORGE. ¡Jamas!
SANDOV. (La adora.)
De ello pende mi sosiego.
JORGE. Mi honor admitir no puede...
SANDOV. A mi cariño concede
ese favor... Te lo ruego.

(Jorge se inclina en señal de asentimiento. Sandoval le estrecha la mano, y vase Jorge turbado.)

ESCENA VI.

SANDOVAL, siguiéndole con la vista.

¡Su turbacion le ha vendido;
su turbacion, de amor prenda!...
A tiempo la fatal venda
de mis ojos ha caido.
¿Y yo un escollo he de ser
á ese amor puro y vehemente?

¿yo, que soy indiferente
á Elvira? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?
En lucha entre el bien y el mal,
del fondo del alma siento
levantarse un pensamiento
de muerte, horrible, fatal.
Pues sólo mi amor alcanza
desden, sí, debo morir.
¿Para qué quiere vivir
quien vive sin esperanza?
En breve tumba ignorada
mi pasion ocultará.
No retrocedo; está ya
mi resolucion tomada. (Toca piano la música.)
Comunicar su victoria (Se sienta y escribe.)
debo á la mujer impía
que se goza en mi agonía
y en mi muerte; y mi memoria
será el fantasma sangriento
que ha de alzarse en su presencia,
como se alza en la conciencia
sombrío el remordimiento.

CANTO.

¡Valor! Pues quiere el hado
que yo á mi amor sucumba,
que sepa que he bajado
amándola á la tumba.
¡Morir en paz ansío,
morir, triste de mí!
Perdona, padre mio,
y Dios vele por tí.

—

Veré llegar tranquilo
mis últimos instantes:
al fin podré muriendo
dar vida á dos amantes.
Muramos: hado impío
quizá lo ordene así...
Perdona, padre mio,
y Dios vele por tí.

ESCENA VII.

HABLADO.

SANDOVAL, CAÑIZARES.

CAÑIZ. (Viniendo á colocarse junto á Sandoval y confundiéndole con don Jorge.)
Habeis perdido: ya es mia
Margarita.
SANDOV. (Asiendo del cuello á Cañizares.)
¡Maldicion!
CAÑIZ. ¡Válgame el Crucificado!
SANDOV. ¡Margarita! ¡Vive Dios!
Ni una palabra: salid (Apretándole con fuerza.)
conmigo.
CAÑIZ. (Medio ahogado.) No estoy en voz.
SANDOV. El duelo ha de ser á muerte.
CAÑIZ. ¡A muerte! Pues muerto soy.
SANDOV. (Con desprecio.)
¿Teneis miedo?
CAÑIZ. ¿Miedo? (Mucho
me lo temo.)
SANDOV. (Mirando.) ¡Santo Dios!
¿No es aquella Margarita?
CAÑIZ. Con efecto.
SANDOV. Huyo veloz.
CAÑIZ. (¡Oh dicha!)
SANDOV. Se acerca trémula
y perdida la color...
No quiero verla: podria
faltarme resolucion...
(Váse precipitadamente por la derecha.)

ESCENA VIII.

MARGARITA, CAÑIZARES.

Margarita sale por la izquierda con un rollo de papeles de música en la mano.

CAÑIZ. (A Margarita, que se sienta en un sillon en silencio.)
Vuestra llegada ha impedido
una catástrofe atroz.

Por poco no mato á un hombre.

MARG. ¿Vos?

CAÑIZ. ¡Pues! ¿Os sentís mejor?

MARG. Sí.

CAÑIZ. Mi alegría es inmensa,
y mi parabien os doy...
Vendreis á cantar, ¿no es cierto?

MARG. Sí.

CAÑIZ. Ya ha corrido el rumor
de nuestro próximo enlace,
y ha hecho un efecto...

MARG. Ya estoy.

CAÑIZ. ¿No quereis dar una vuelta
conmigo por el salon
de baile? Allí se ha mandado
colocar el trono.

MARG. No.

CAÑIZ. En breve el Rey con la corte
estará aquí... Ya llegó
parte de la comitiva...
Entre las damas de honor,
la de Cebrian, por su gracia,
sobresale en la reunion.
Está, que ni una diadema
de perlas... parece un sol.
¿Quereis verla?

MARG. No.

CAÑIZ. ¿Qué puedo
hacer entónces por vos?

MARG. Dejarme. (Desdoblando el papel de música.)

CAÑIZ. (Saludando.) Guárdeos el cielo.

MARG. Cañizares, id con Dios.

ESCENA IX.

MARGARITA, luégo D. JORGE.

MARG. ¡Oh! ¡Que insufrible es un necio!
al fin libre me dejó...
En la soledad encuentra
alivio mi corazon.

¿Otro importuno? ¡Ah, don Jorge!

JORGE. ¡Margarita!

MARG. Llegad vos,
vos que sois el solo amigo
que comprende mi afliccion.
La misma angustia sentimos,
sentimos igual dolor,
y uno en el otro, consuelo
podemos hallar los dos.

JORGE. ¿Hallar consuelo, señora?
¿Pues quién lo necesitó?
¿No estais pronta á dar á un hombre
la mano y el corazon?
¿No obtendré yo la ventura
que mi pecho codició?
¿No cede al fin Sandoval
á su desesperacion?
Todos somos, Margarita,
felices, merced á vos.

MARG. ¿Qué enigma es ese? Explicaos,
explicaos por favor.
¿En dónde está Sandoval?

JORGE. ¿En dónde? ¡Sábelo Dios!
(Entregándola una carta.)
Quizá esta carta...

MARG. ¡Una carta!
¿Qué dirá? ¡Temblando estoy!
(Abre y lee.)
¡Jesus mil veces! ¡Su muerte
me anuncia en ella!

JORGE. ¡Qué horror!

MARG. ¡Id, don Jorge, detenedle!...
Si de su resolucion
no bastara á separarle
de un tierno amigo la voz,
ni de su padre el recuerdo,
que exige veneracion,
habladle, habladle en mi nombre,
en nombre de nuestro amor!

JORGE. ¿Por qué entónces con desprecios
pagásteis tanta pasion?

MARG. Porque fué el Duque de Navia

de mi infancia protector.
¡Y tan grande sacrificio,
tan penosa abnegacion
inútiles son ahora!...
¿Por qué con tanto rigor
la desgracia en mí se ceba?
¡Por qué, por qué, justo Dios?

JORGE. ¡No solo de la amistad,
digna sois de admiracion!
Tranquilizaos, señora,
corro de Fernando en pos,
y le salvaré; yo al Duque
iré á decirle veloz
la resolucion funesta
que ha poco su hijo tomó:
le pintaré vuestro duelo,
y su angustia y mi dolor,
y si es forzóso, hasta al Rey
llevaré mi pretension.

(Vase precipitadamente.)

ESCENA X.

MARGARITA; despues CAÑIZARES; luégo SANDOVAL y JORGE; más tarde el DUQUE.

Si el Duque y Jorge no pueden
impedir... ¡Eterno Dios!
Late espantado á esta idea
de muerte mi corazon...
¡No, no puede ser!... ¡Él vive!
¡Vivirá!... ¡Lo quiero yo!
¡Mas ese odioso concierto
va á empezar!... ¡En qué ocasion!...

CANTO.

Que cante pretenden
alegre cancion,
sin ver que las lágrimas
ahogan mi voz.

(Mirando en torno de sí.)

¡Ay Dios! No vuelve,
no vuelve, no,
por siempre acaso
despareció.

CAÑIZ. (Entrando con viveza y dirigiéndose á Margarita.)
Cantad, Margarita. (Ruido dentro.)

MARG. ¿Qué extraño rumor?...

CAÑIZ. Ya el regio cortejo
invade el salon.

CORO. (Colocándose en las tribunas.)
¡Viva la gloria!
¡Viva el honor!
¡Viva el Rey! ¡Viva
nuestro señor!

(Aparecen alabarderos que se colocan en el fondo.)

—

CAÑIZ. (Mirando por el bastidor de la izquierda.)
Sentado en su tribuna
mirad, el Rey está,
y está á su lado el Duque.

MARG. ¡El Duque!

CAÑIZ. Sí, mirad.

MARG. (Mirando con ansiedad.)
¿Y su hijo? No le veo.

CAÑIZ. Ya han hecho la señal.
Cantad.

MARG. ¡Que cante, cuando
me mata la ansiedad!...

RECITADO.

Léjos, mirando la desierta playa,
mísero pescador,
boga surcando las gigantes olas
que se alzan en redor.
(Auméntase por grados su emocion.)
Siente rugir en su cabeza el trueno
y el abismo á sus piés,
(La voz se debilita lentamente.)
y moribundo, sin embargo, canta...

(Aparece Sandoval en este momento en lo alto de la escalera de la izquierda conducido por Jorge. Los ve Margarita y lanza un grito de alegría.)

¡Eterno Dios! ¡El es!

(Reanímase de pronto y canta con fuerza.)

Patria mia, tu voz resuena
invencible en tierra y mar,
tú del orbe los destinos
regirás en guerra ó paz.
Sacude, España,
tu sueño ya,
y asombre á Europa
tu despertar.

(Durante la primera variacion de esta aria, Sandoval y Jorge se han abierto paso entre la multitud y aparecen á la entrada mirando á Margarita á quien no se atreven á acercarse.)

CORO. ¡Brava! ¡Bravísima!
¡Voz celestial!

(Cañizares se inclina y saluda como dando gracias. Durante los aplausos y en el ritornelo del aria aparece el Duque por la izquierda. Toca piano la música de modo que no interrumpa lo que viene hablado á continuacion hasta que vuelve á empezar el canto.)

HABLADO.

CAÑIZ. (A Margarita.)
Contemplad la corte toda...
¡Qué triunfo el vuestro! ¡Oh, placer!
El Rey de fijo va á ser
nuestro padrino en la boda.

DUQUE. Cede al fin Su Majestad
á mi duelo y tu quebranto,
y aprueba gustoso cuanto
ordene mi voluntad. (A Sandoval.)
Tuya es su mano.

MARG. (Con efusion.) ¿Y sois vos,
vos quien?...

SANDOV. Corazon, respira.

DUQUE. Don Jorge, vuestra es Elvira.

CAÑIZ. ¡Me he lucido como hay Dios!

JORGE. (Con ironía á Cañizares.)
Vos de este desaguisado
á Su Majestad culpad.
Mandato es.
CAÑIZ. Su Majestad
no sabe lo que ha mandado.

CANTO.

MARG. (Gozosa.) Inmenso júbilo,
plácida calma,
con gozo férvido
siento en el alma.
Luce benéfica
con sus fulgores
la estrella límpida
de mis amores.
SANDOV. y MARG. Feliz mil veces
será mi union,
si por mí late
tu corazon.
CORO. ¡Vivan los novios!
¡Viva el amor!
¡Viva el Rey! ¡Viva
nuestro señor!

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid, 27 de Enero de 1864.

El Censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Azon Vizconti, M.
Catalina, L.
Campanone, L. y M.
Dos coronas, M.
El arca de Noé, M.
El valle de Andorra, L.
El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.
El sargento Federico, L.
El juramento, L.
El paraiso en Madrid, L.
El secreto de una dama, L.
El agente de matrimonios, M.
El caudillo de Baza, L. y M.
El dominó azul, M.
El planeta Vénus, M.
Galanteos en Venecia, L.
Giralda ó el marido misterioso, L. y M.
La embajadora, L. y M.
La cacería real, M.
La Estrella de Mádrid, M.
La tabernera de Lóndres, M.
Los piratas, L.
Los Madgyares, L.
Los circasianos, L. y M.
Margarita, L.
Mis dos mujeres, L.
Rival y duende, L. y M.
Un dia de reinado (mitad), L.
Un viaje al rededor de mi suegro, L.
Un trono y un desengaño (3.ª parte), M.

Cuando se ejecute alguna obra cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

OBRAS.

Comentarios del emperador Cárlos V. Rvn. 16.
Historia de la música española, 4 tomos, 100.
Ecos nacionales (poesías), 12.
Ecos del alma (Id.), 8.
Veladas poéticas (Id.), 6.
El beso de Júdas (novela), 6.
La niña expósita (Id.), 8.
Hist. de una venganza (Id.), 8.
Una vírg. y un dement. (Id.) 8
Los Maldonados (Id.), 8.
Catecismo de la Doctr. cristiana y Compendio de la Historia Sagrada, 4.
Etica elemental, 12.
Reló aritmético, 10.

VENTA EN MADRID:

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,
CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 9.

EN PROVINCIAS:

Albacete	Cánovas.
Alcoy	Payá é hijo.
Andújar	Brunet.
Algeciras	Joarizti.
Alicante	Lloret.
Almería	Alvarez.
Aranjuez	Santistéban.
Avila	Gomez.
Bailen	Moreno Sellés.
Badajoz	Coronado.
Baeza	Segura.
Barcelona	Mayol.
Bilbao	Astuy.
Búrgos	Hervias.
Cabra	Castilla.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y Compañia.
Ceuta	Bosqui.
Córdoba	Lozano.
Cuenca	Mariana.
Castellon	Perales.
Ciudad-Real	Acozta.
Coruña	Lago.
Cartagena	Muñoz.
Calatayud	Hidalgo y Ucelay.
Chiclana	Cañizares.
Écija	Isla.
Ferrol	Tajonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Uriarte.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno é hijo
Huesca	Guillen.
Jaen	Hidalgo.
Jerez	Alvarez Aranda.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Casals.
Lugo	Viuda de Pujol y H.°
Lorca	Gomez.
Logroño	Brieba.
Loja	Cano.
Málaga	Laá.
Manila	Olona y Comp.
Mataró	Clavel.
Martos	Armillas.
Murcia	Herds. de Andrion.
Motril	Ballesteros.
Mahon	Vinent.
Orense	Perez.
Orihuela	Martinez.
Oviedo	Martinez.
Osuna	Ariza.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Rios y Barrena.
Pontevedra	Buceta y Solla.
Puerto de Santa María	A. Rafozo.
Puerto Rico (Mayagües)	Mestre y Tomás.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Sanlúcar	Oña.
San Fernando	Molinelo.
Santa Cruz de Tenerife	Savoié.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
Soria	Perez Rioja.
Segovia	Revilla.
San Sebastian	Garralda.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Salamanca	Huebra.
Segorbe	Mengort.
San Ildefonso	Alderete.
Tarragona	Font.
Toro	Tejedor.
Toledo	Hernandez.
Teruel	Baquedano.
Tudela	Izalzu.
Talavera	Castro (Sanchez.)
Tarazona	Veraton.
Valencia	García.
Valladolid	Hijos de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Vitoria	Hidalgo.
Villanueva y Geltrú	Creus.
Ubeda	Perez.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Viuda de Heredia.